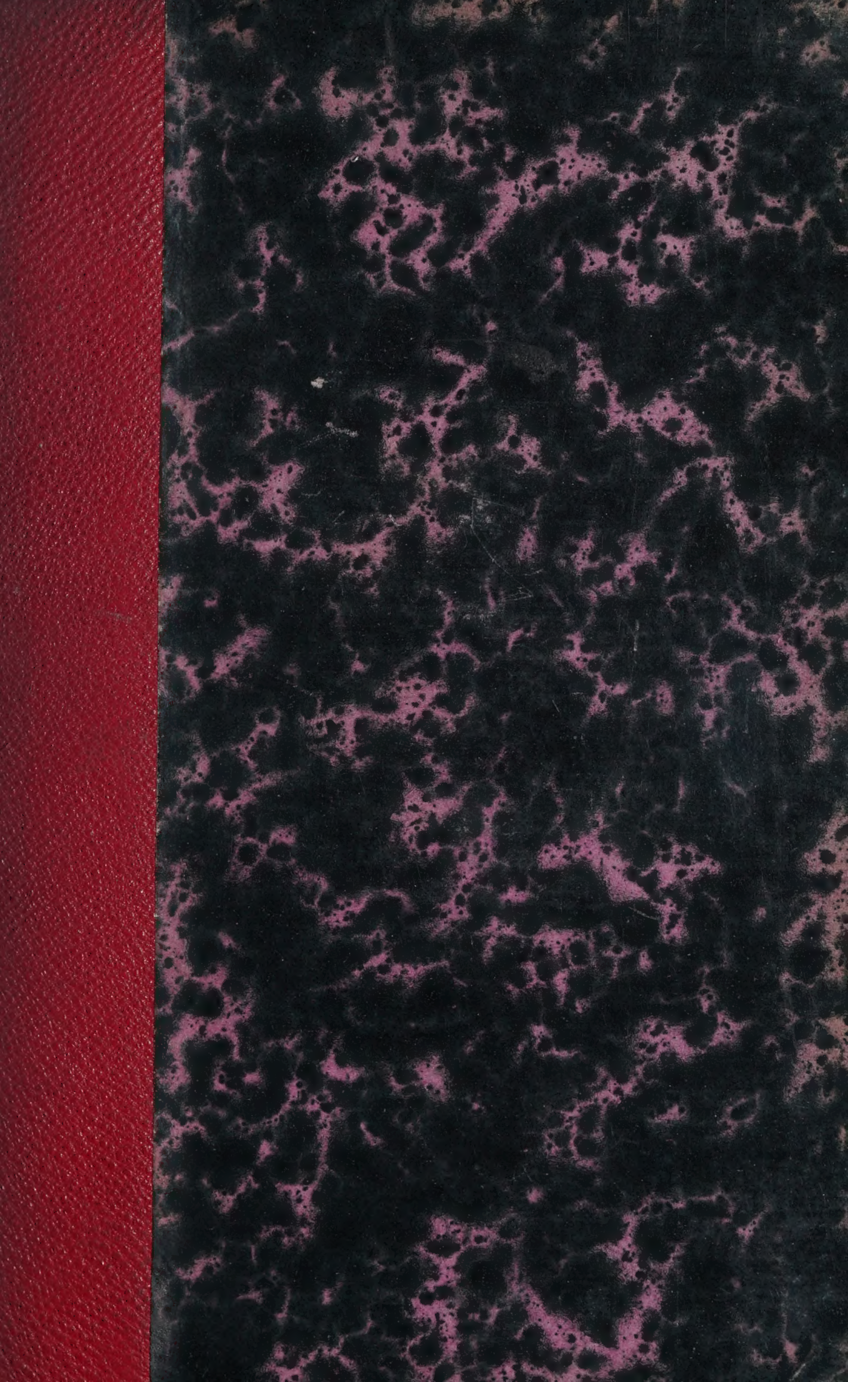


POESÍAS

DE

D. José Zorrilla.



Madrid: 1837.

BIOGRAFIA.

Zorrilla.

Quien ansie nutrir su espíritu de emociones violentas, producidas por la lectura de estraños sucesos y de intrincadas aventuras, puede desde luego pasar por alto este artículo, escrito solo para los que consideran que en los lances menos azarosos y complicados hay interés, cuando se refieren á hombres que sobresalen entre sus contemporáneos, lanzándose en las alas del genio á las diferentes carreras públicas. En una de ellas figura Zorrilla en aventajado puesto, y las misteriosas vias por donde á él se encumbrara, bien merecen ser conocidas de todos los que se recrean con sus obras y le siguen en el osado vuelo de su brillante fantasia y ensalzan los portentosos engendros de su imaginacion fecunda. Ya lo hemos insinuado, su historia es sencilla hasta el estremo: es una historia del corazon, una vida opulenta de gallardas ilusiones y de magestuosos delirios.

Es una historia puramente mia
Como otras muchas que á la par se ignoran,

dijo el poeta en una sentida composicion que lleva por tí ulo "Las hojas secas" y está dedicada á su madre.

Nació Zorrilla en Valladolid el 21 de febrero de 1817: era su padre á la sazon fiscal de aquella Chancilleria: confiando el gobierno á su celo diversas comisiones de importancia pa-ó sucesivamente á Burgos y a Sevilla, donde le siguió su hijo, quien adquirió los primeros rudimentos de enseñanza en esas tres ciudades, antiguas córtes de los reyes de Castilla. Elegido su padre para desempeñar un alto empleo, vino á Madrid en su compañía, é ingresó en el seminario de nobles. Es digno de notarse que á los jesuitas deben su educacion casi todos los jóvenes que hoy figuran con mas ó ménos brillo en la república de las letras; y aparte los de defectos que esa institucion adolecia, forzoso es convenir en que sus individuos difundian las luces con mas ventaja que todos los establecimientos de instruccion pública: lo bien entendido de su método en la enseñanza egercia saludable influencia en la mente de sus discípulos, inspirándoles amor al estudio.

Seis años permaneció Zorrilla en el seminario, y en ellos cursó latin, frances, italiano y filosofia, descollando especialmente su aficion á las bellas letras. Muchas fueron las composiciones que brotaron de su lozana fantasia en sus primeros juveniles años: las que versaban sobre asuntos religiosos eran el orgullo de sus maestros: escribió no pocas profanas sin que trascendieran fuera del recinto de su gabinete.

En los dias de recreo para los seminaristas acostumbraba su padre á llevarle á los teatros contra la voluntad y el consejo de sus directores, quienes considerando sin duda la elevada posicion de aquel, no querian manifestar á las claras su disgusto. Allí adquirió Zorrilla esa mágica entonacion que da á la lectura de sus hermosos versos, y que tantos quilates de valia añaden á los muchos que en sí encierran.

A su salida del seminario en 1833, su padre, caido en desgracia, vivia retirado en un rincon de Castilla, donde le visitó Zorrilla. Hubo desde luego desacuerdo entre el deseo [v]oluntad del uno, y el gusto y la vo- del otro. Proponíase el padre destinar [...]narista al estudio del derecho: su a- [...] á esta carrera era profunda é inven- No obstante su resistencia fué envia- [...]oledo á carga de un pariente suyo, [...]ifado de aquella santa iglesia, para [...] en la universidad primer año de le- [...]un cuando era privilegiado su talento [...]inó su poca aficion á la carrera y no [...]gas que ganar curso. En cambio reco- á [...] brillante fantasia preciosos materiales [...]las del Tajo, en el recinto de la cate- en los baños de la Galiana, en lo alto [...]iradero, en la graciosa ermita del Cris- to de la Vega, y en otros sitios cuyas magnificas descripciones nos han admirado despues en sus leyendas. Cierto es que aquel solitario y misterioso estudio, en que se amaestraba [...] repetidas veces hemos oido de su boca que jamás creyó le sirviese la poesia para nada, le valia cotidianas desazones. Disgustaba entre otras cosas á su pariente porque no iba á comer á las doce en punto, porque no le acompañaba a paseo, llevándole el paraguas ó el breviario, y porque no vestia de contiguo las hopalandas: esto agregado á su larga melena y a algunas cancioncillas de mala muerte que por entonces compuso, hizo que la gente sensata le tachase de loco y de calavera.

Por vacaciones volvió de nuevo al hogar de su familia, residente á la sazon en Torquemada, donde ya le habian precedido las noticias de su desaplicacion y misteriosa conducta. Descontento su padre hubo de ocultar la espansion del cariño que le profesaba bajo las apariencias de frialdad y desabrimiento. Aun allí encontró Zorrilla jugoso pasto á su inclinacion predilecta. El Genio del cristianismo y los mártires del poeta del siglo formaban el recreo de sus horas en aquella triste y monótona vida tan contraria a la esmerada educacion que en el primer colegio de España habia recibido.—Tambien se nutria su espíritu con la lectura de ese precioso volúmen en que Job espresó sus tribulaciones y David su arrepentimiento y sus proverbios Salomon, y sus parábolas y mandamientos el Salvador del mundo. Poderosa impresion debieron producir en su mente aquellas páginas de donde la poesia brota á raudales, cuando algunos años despues dijo en una de sus composiciones:

Un libro santo nuestra ig'esia tiene
que poetas cantaron y escribieron,
ó á el alma Dios de los poetas viene
ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

No ya á Toledo sino á Valladolid fué enviado Zorrilla para continuar su carrera, como si con variar de universidades hubiera de sufrir mudanza la inclinacion á que parecia sujetarle su destino. Personas de clase vigilaban de cerca á nuestro jóven. Sucedia á menudo no encontrarle en su casa, lo cual inducia á sospechas, no infundadas, si se atiende á que en la primavera de la vida arrulla nuestros sueños el aura de los amores, y se nos muestra sembrada de rosas y poblada de ilusiones la senda del vicio, sospechas todavia mas justas considerando no ser fácil de presumir que un estudiante se divirtiese en solitarios paseos, y gozase un dia y otro dia en la contemplacion del manso rio, á la sombra de la frondosa alameda, en la cima del enhiesto monte, ó en el fondo de la áspera quebrada. Comunicó aun mas impulso á sus risueñas esperanzas la aparicion de una de sus composiciones en las columnas del "Artista," periódico de gratos recuerdos para la literatura.

Terminado el curso, de que sacó Zorrilla bien poco provecho, fué encomendado por persona de categoria al mayoral de una galera para que le condujese al pueblo donde su padre residia, cada vez mas disgustado del rumbo que tomaban las ideas del estudiante: este segun el dicho del autor de sus dias, habia de vestir de paño burdo, de cavar sus viñas, y de arar sus propias tierras: dispúsolo Zorrilla de otro modo, pues casi tocando ya el término de su viage tuvo maña para tomar las vueltas al carretero, y aprovechándose con ánimo resuelto de la ocasion y de una yegua que pacia en el campo, propiedad de un primo suyo, echó por diferente camino, y llegó a Valladolid pocas horas antes que una requisitoria despachada en contra suya. Redujo en el instante a dinero la bestia que le habia prestado tan buen servicio, y sin pérdida de tiempo se plantó en la córte, donde pudo eludir las pesquisas de los amigos de su padre con el auxilio de su poblada melena y de unas gafas verdes que desfiguraban mucho su juvenil rostro, especialmente para los que no le habian visto desde mancebo.

Aguardábanle a Zorrilla en Madrid largas horas de angustias y penalidades que se estrellaron por fortuna en lo firme de su voluntad y en lo elevado de sus esperanzas.—Hubo de pasar por toda clase de disgustos y escaseces, que tanto agovian al que los sufre, como le recrea narrarlos cuando ya están lejos y se hallan en posicion ventajosa. Próximo a espirar el plazo de un año que se habia fijado nuestro jóven para el logro de sus intentos, ocurrió la catástrofe que nos privara del Quevedo de nuestros dias, del malogrado Larra. Era el dia 15 de febrero de 1837, cuando sus amigos daban sepultura a sus inanimados restos: profunda era la tristeza de cuantos asistian a tan fúnebre ceremonia: oprimia el dolor todos los corazones: retratábase la angustia en todos los semblantes. Habia entre aquella multitud desconsolada un jóven de corta estatura, pálido rostro, negra y rizada cabellera; jóven de todos desconocido y que como por encanto vino a ser fiel intérprete de los sentimientos que embargaban las voces y abrian el raudal del llanto. Zorrilla, pues no era otro el jóven á quien hacemos referencia, empezó á leer con lúgubre y magestuosa entonacion la poesía que va al frente de sus obras: no le permitió concluir la pena que le afectaba, y hubo de hacerlo el señor Roca de Togores. Entonces las lágrimas que brotaron de todos los ojos alternaron con la sorpresa que produjo la adquisicion de un poeta sobre el sepulcro de otro poeta. Pérdida tan dolorosa para la literatura como la de Larra requeria por consuelo un hallazgo como el de Zorrilla: la Providencia es sábia en todo.

Pocas líneas bastan para terminar estos apuntes. Todos los periódicos insertaron á porfia la composicion del nuevo poeta, quien publicó otras no ménos notables en el *Porvenir*, diario que dirigia el señor Donoso Cortés. A poco amenizó con nuevos frutos de su imaginacion lozana las columnas del *Español*, cuando estuvo á cargo del señor Villalta: en el Liceo, fundado por el señor Fernandez de la Vega, creció con celeridad su bien merecido renombre.

Ha publicado en corto espacio doce volúmenes de poesias y leyendas: nos parecen escelentes entre las primeras: *El dia sin sol, La noche inquieta, El Reloj, y Horizontes*; y entre las segundas *A buen juez mejor testigo, El capitan Montoya y Margarita Tornera.*

Tambien el teatro ha sido campo de victorias literarias. *Lealtad de una mu[ger] y aventuras de una noche*, es su co[me]dia; *segunda parte del Zapatero y el Rey*, drama; *Sancho Garcia*, su tragedia; *El puñal del godo*, su fantasía; *Don Juan Tenorio*, drama que ha de representarse en breve, ornará sin duda con nuevos lauros la coronada frente del poeta.—A. F. del Rio.

(*El Laberinto.*)

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO I.



MADRID:

IMPRENTA DE I. SANCHA.

1837.

PRÓLOGO.

Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion, centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un atahud, en el atahud los restos de LARRA, sobre el atahud una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocrácia, un poder. La envidia y el odio habian callado; los hom-

bres de la moralidad dejaban para despues la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral; donde las manos de la amistad le habian preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenia en derredor de aquel túmulo; y no podiamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: Larra se despidió de no-

sotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido, le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva á él, y desde su altura como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el al-

ma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situacion. No era amistad lo que sentiamos; no era la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguracion de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubria, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó mas que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situacion vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas) y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pediamos al cielo el lenguaje de la triste inspiracion que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra afliccion, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces de en medio de nosotros y como

si saliera de bajo aquel sepulcro vimos brotar y aparecer un jóven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oir una voz que por primera vez sonaba en nuestros oidos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta coleccion, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emocion, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fue igual á nuestro entusiasmo; y asi que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonias nos habia hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiracion religiosa de que aun estábamos poseidos, bendigimos á la providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un génio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre Larra á la mansion de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Mas poética y mas grande fué seguramente que mi descolorida descripcion, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien las consagra el afecto que con él le une y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresion que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razon de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas porque aquella original aparicion me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oimos los versos de que acabo de hacer mencion, todos los que tu-

vimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiracion que los habia dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque tambien nosotros estábamos inspirados, y tambien nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo mas que expresar; porque entonces como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como Píndaro en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto, era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partian. Asi que á nadie pudo ocurrirsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica ó romantica*, *oriental ó filosófica*. Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aque-

lla escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género, y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo el autor la habia escrito algunos momentos antes de aquella reunion á solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchára, y bajo la inspiracion de su dolor y de su génio. Si á solas tambien la hubiera leido á cada uno de sus oyentes ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase: otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oido *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico observaria la falta de órden, de conexion y enlace entre sus ideas: cuál la tendria por *vaga*, y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué mas? La mayor parte tal vez no hubieran visto en ella mas que una imitacion de Victor Hugo, ó de Lamartine.

Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leida, sucede todos los dias no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demas poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entonces su inspiracion habia volado sola á donde nuestro entusiasmo voló despues: despues su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez mas poderosa, mas alta, mas fuerte, mas profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oimos de su lira mas que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas; de

ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese gongorismo para los que piensan que la poesía es solo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí en fin la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *¡un arte de imitacion!* y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas, ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazon y alma, y los que saben que con el corazon y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben tambien lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quién le consagra, y el entusiasmo que le arrebata no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra, pueden consistir en el modo de juzgarla,

y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitacion y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, si, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta, principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitacion, ni la consonancia el eco: entonces por el contrario la conformidad es el sello de la inspiracion, y de la originalidad: entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero: entonces dos autores se imitan sin conocerse: entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y Homero; entonces se copian Shákespeare y Calderon. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproducen todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de Byron, de Hugo, y de Chateaubriand debe ins-

pirar tambien á los vates españoles; pero su inspiracion no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbra: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no colores prestados de agena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la uncion, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo, no es mas que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra série de reflexiones ha dado además lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridí-

culo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lójico, hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo empero que creo en un órden de cosas superior al órden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la providencia en los sucesos al parecer mas insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que mas ostensiblemente y con mas solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Si, un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia

un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacio no solo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, ví brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo génio una *mision* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido fundados en esta opinion, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del génio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros dias, ó conocidas solo de los

inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, decoradas y oidas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion. Y no solo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. Tambien son ellas las que mas críticas é invectivas han suscitado, tambien han sido parodiadas, y puestas en ridículo é imitadas por malos poetas, que es la mas infeliz parodia; tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Córtes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en ar-

monía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes al parecer con esta esperanza y con éxito mas ó menos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de Zorrilla, ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época: si su aparicion ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecojido y su primera inspiracion fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y mas anchurosa de lo que se cree la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será empero esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este gérmen? ¿Cuál

será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del destino no se explican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele sin embargo á un alma tambien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en explicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasía son el único *metodo analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesía como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religion, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder pro-

clamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse ácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una region en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo mas íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun á despecho de la filosofía y del egoismo un corazon palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el mas miserable y desgraciado de los seres. La providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en comun poseen, la comunion de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorven; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la

duda, y no conserva su corazon sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el génio puede volar aun, pero vuela como el Satanas de Milton; solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó mas bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazon, las luchas de su inteligencia, y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la providencia, los himnos que debian consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impio despecho, ó extravios de un abstracto y estéril misticismo. Tal es á mis ojos el carácter de la época presente; tal es tambien su poesía; la poesía dominante, la poesía elegíaca actual, poesía de vértigo,

de vacilacion y de duda, poesía de delirio, ó de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía sin embargo que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. Zorrilla ha empezado y no podia menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado tambien su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas y ha dado al viento sus sollozos: ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba, ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis delos bienaventurados y saludado á la reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiracion, arrancándole de su indivi-

dualismo, le lanzó á mas ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedia el oropel de la civilizacion, sino que intuitivamente penetrantes bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver mas allá bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperacion, y miseria, escarneciendo á los demas y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose que es lo que tal desórden significa, duda si se debe tomar á serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profun-

das y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oir las carcajadas de una orgia. Entonces evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba los suyos. Entonces personificando en *Venecia* á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de Calderon y de Byron la grandeza de su antiguo poderio y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion mas poderosa y mas profunda, abarcando de un solo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y

de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de Lamenais y que equivalen á todo un volumen de filosofia, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada mas terrible que la de Daniel sobre el convite de Baltasar, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Empero lo que mas caracteriza al génio, es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así Homero adivinó los tiempos de Licurgo y de Solon, así Virgilio casi pertenece al cristianismo y á la edad media, así el Dante apenas se concibe como haya escrito en el siglo XIII, así Cervantes en una edad caballeresca todavía predecia y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la

inspiracion poética el don de la profecia. El génio actual conserva aun reconcentrado todo lo que en la humanidad debia haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela, y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto mas avanzado y mas digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre, y tiñendo su pluma de los colores del íris, y de los celages del oriente, ha dirigido á la humanidad, pa-

labras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador.

¡ Bello es el mundo! ¡ Sí ! ¡ la vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar con lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza, y socia-

bilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado, los tesoros del porvenir, ha sido tambien el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacian las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los arómas de oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las houries de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la catedral primada, símbolo arquitectural del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y

presenciamos los sagrados ritos de la religion mas bella que ha existido sobre la tierra, oimos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisues y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aróma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobo santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan: los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza, el desprecio de la vida y el odio á los hombres dá lugar á la idea de la inmortalidad, prémio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veiamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener mas que

un sentimiento, una voz, una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo á un fin comun, todas formando un concierto de los talentos del hombre: el templo abarca toda la vida; la religion completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fé que alimentaba su vida, una lágrima por esa religion abandonada, un movimiento de sagrado respeto ácia las venerandas reliquias que de ella nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe excitar con su maravilloso canto: tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez mas que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias,

tal es el pensamiento unitario trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redaccion; y el hilo de union que liga con una trama invisible pero fuerte los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni á la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada que transpira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá ¿ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado por ventura en el fin social

de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el jóven génio que no ha hecho acaso mas que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebato, y en fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo prévio del plan de sus trabajos? No sin duda, y si hubiera sido capaz de concebirlo no lo hubiera sido de realizarlo; el génio no raciocina, y los poetas como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion, suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que solo ellos están en el secreto del génio, y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figu-

ras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven mas que al individuo donde debian ver al poeta, no ven mas que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de Herrera. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios, y no conocen la terrible personificacion del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pie de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada

existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbre á la humanidad, y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios, no ven mas que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgia, al hombre que se modela por los demas, y que se hace mas superficial, mas pequeño, mas material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon, y luego exclaman. ¡Hé aquí el hombre! Hé aquí el filósofo! ¡Hé aquí el poeta! Pero la sociedad solo ve el génio, solo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. El se la lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía: ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa car-

rera: avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza, y el poder de la inspiracion. Tú manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada: tú has matizado con los tintes de la luz de oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hácia un nuevo período mas brillante y mas filosófico: tú conoces que lo presente no es digno de tí, pero debes saber tambien que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazon. Esa edad porque la juventud suspira, esa edad invocada por los vo-

tos de nuestros corazones, esa edad tierra de promision en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas voga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se traslucen. Tú solo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones, ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganizacion y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada ésta de su egoismo, como aquellos de su barbárie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una comun familia las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, Poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado preveer. La pro-

videncia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple pues tu mision sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismos se desprecian, los que no se creen nacidos con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que á trueque de no reconocer los privilegios del génio nieguen tambien su existencia hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo, yo tambien habia querido lanzarme en ese Occeano; pero delante de tí, he recogido mis velas, y me he quedadò en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos.

Sí, yo en mis ilusiones habia creido tambien que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa; la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Madrid 14 de octubre de 1837.



A mi amigo

El Sr. D. José García

de Villalta.

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

A la Memoria desgraciada

DEL JÓVEN LITERATO

D. Mariano Jose de Larra.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una vírgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.

Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su mision,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion.

Duerme en paz en la tumba solitaria
Dónde no llegue á tu cegado oido
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño
Memoria del poeta que perdí!
Sí existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo,
Fetidez y corrupcion;

¡Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento....
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.



« La venerable congregacion de sacer-
»dotes naturales de esta villa puso
»aquí esta inscripcion, con permiso
»de don Diego Ladron de Guevara,
»caballero de la órden de Calatrava
»y patron de esta capilla. »

(Capilla de San Salvador, Sepulcro de Don Pedro Calderon de la Barca.)

A Calderon.

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por *la villa*:
Donde se lee en un rincon
Mas que con ojos con manos;
—AQUI LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERON.

I.

Ave osada cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas.

A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español.
A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra;
Aguila para volar
Reina del viento naciste,
Fenix al mundo saliste
Para vivir y cantar.
Aguila fué la osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del dia.
Fenix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Solo se hicieron oir
Al calor de sus hogares.
Aguila tus ojos son,
Y fenix es tu garganta,
Es fenix la voz que canta,
Y águila la inspiracion.
Si el águila ojos te dá,
Te dá el fenix melodía,
Para tu luz y armonía
Ni ojos, ni oidos habrá.
Mas por desgracia ó fortuna
Ya tu garganta está seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria

Una cruz á la memoria
De Don Pedro Calderon.
Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.
Yaces en un templo, si,
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.
Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca...!
Ó tal vez no le merezca
Tu ingenio, y nombre Español.
En vez de tan vil lugar
Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.
Porque al magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.
Mas duerme tranquilo ahí,
En ese rincon inmundo
Para sarcasmo del mundo,
Te basta tu nombre á tí.
Que imbécil ó descuidada
La malignidad del hombre
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.

II.

¡Sol de tanta oscuridad,

Luz de la sombra del suelo,
Para cuya claridad
Mezquino espacio es del cielo
La infinita inmensidad;
  Tus ojos cuando apagaron
No apagaron, no, su luz,
Porque en vano te enterraron
Si tu nombre nos dejaron
Bajo la fúnebre cruz!
  ¡Descansa! — Solo no estás;
Que velan por tu sosiego
Cien colosos ademas,
Las flores son de tu riego
Que tú solo gozarás.
  Pues naciendo como *uno*
Fuiste solo como *dos*,
Creaste sin otro alguno
Un mundo como ninguno
Despues del mundo de Dios.
  Diste á tu mundo habitantes,
Y no juzgando á los hombres
Dignos á tal, ni bastantes,
Tomaste de ellos sus nombres
Para abortar tus gigantes.
  Diz imposible crear;
Y tú al sentir tu poder
Digistes al abortar:
Si á tanto supe llegár
Vive Dios que pudo ser!
  Saliste á la luz ufano
Con tu inmensa creacion,
Y asombrado el mundo vano
Miró salir de tu mano
El mundo de Calderon.

Digiste : *¡la vida es sueño!*
Y con artificio extraño,
De un mundo de sueños dueño
Hiciste un mundo en tu empeño
De verdades y de engaño.
Tu sepulcro es un altar,
Y á él no bajas, que subes,
Bien puedes tranquilo estar;
Tu fama subió á las nubes
Y de allí no ha de bajar.
Si en ellas tu no eres sol,
Luna serás que es mas bella,
Porque tu no eres *estrella*
Que tercero como *ella*
No ha de ser un español.

II.

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.
Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando mas te miran,
Mas imposible ha de ser.
¡Su lumbre van á perder
Ojos que por tí deliran!
Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pie dél
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder
Digno Calderon de tí,
Si el que á llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
A tu vez llora por mí
Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiracion
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincon
Donde levantó tu gloria
Una cruz.... triste memoria
De don Pedro Calderon.



TOLEDO.

Negra, ruinosa, sola y olvidada,
Hundidos ya los pies entre la arena
Allí yace Toledo abandonada
Azotada del viento y del turbion.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pie de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura
Y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impío,
Ciñó bramando sus tostados muros,
Y entre las hondas pálidas de un rio,
Una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí—yace tendida
En el polvo sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este monton de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía....
Cruza las sombras cenicienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces,
Una hora despues apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
Al través de los vidrios de colores,
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entre abierta una ventana
Anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
Ese pueblo, en la alta noche,
Alza el rostro macilento
Despertando con pavor;
Fingiendo en la sombra oscura
La mal abierta pupila,
La transparente figura
De un fantasma aterrador.
Entonces en su memoria
Se levantan confundidas
Una bruja, y una historia
De la santa religion,
Mientras en el polvo la frente
A la bruja, ó á María
Dirige indistintamente
Su sacrílega oracion.

Y en su ignorancia grosera
Mezcla acaso en un ensueño
El nombre de una hechicera
Con el nombre de Jehová.
Con el vaticinio inmundo
De un *saludador* infame,
El del redentor del mundo
En torpe amalgama vá.
La luna en tanto pasea
Cruzando el azul tranquilo,
Y los despojos blanquea
De tanta generacion:
Esas páginas sin nombre,
Cifras de un siglo ignorado,
Que alzó la mano del hombre
Del hombre para baldon.
Esas santas catedrales,
Cuyos pardos capiteles,
Cuyos pintados cristales,
Cuya bóveda ojival,
Cuyo color ceniciento,
Cuyo silencio solemne
Cobijan por pavimento
Una losa sepulcral.
Sobre ella los vivos cantan,
A par de ruidosa orquesta
Cantares que se levantan
Hasta los pies del Señor:
Sobre ella flota el perfume
Que la atmósfera embalsama,
Y en oblacion se consume
Oro y mirra al Criador.
Sobre ella en noche lluviosa
Al bramar del viento bravo,

Armonía misteriosa
En el templo se hace oir.
Es un cántico tremendo,
Ronco, vago, agonizante,
Una voz que está pidiendo
Por los que van á morir.
Es la voz del himno santo,
Del terrible *miserere*,
Cuyo monótono canto
Miedo infunde al corazon:
Y en la bóveda rodando
Saliendo al aire flotante,
Al mundo va predicando
Una santa religion.
Y bajo la piedra helada,
De los hombres que murieron
Se oye la voz apagada
El triste salmo decir:
Y la campana sonora
Remedándola en el aire
Con la voz de alguna hora
La hace en el aire morir.

II.

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla
De ese torrente que á tus pies murmura,
Que con agua pesada y amarilla
Roe y devora tu muralla oscura,
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura,
Y calla por piedad á las naciones
Que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las fadas,
Los misterios ocultos en los vientos;
Duerme, si, con tus farsas parodiadas
Prenda de tus señores opulentos:
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos dias de gloria
Vanos recuerdos de ayer:
Apenas hoy de esa história
Nos queda un *Zocadover*,
U otro nombre en la memoria.
Ceñida entonces la plaza
De ancho tapiz toledano,
En la arena húmeda emplaza
Un moro de noble raza
A algun capitan cristiano.
Vestidos están de flores,
Que avergüenzan un jardin
Balcones y miradores,
Cristales son de colores
Los del Miramamolin.
Solo abierto hay un balcon
Y es el balcon del Sultan,
Y armados de alto lanzon
Ginetes debajo están
Por respeto á la funcion.
Y las musulmanas bellas
Detrás de las celosías
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales dias
No hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
Delicados como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.
Por eso celoso el moro
Tendió en sus ojos un velo,
Que es mas rico su tesoro
Que el color azul del Cielo
Teñido en franjas de oro.
Derraman desde la altura
Aguas de olòr en la arena,
Que dan aróma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.
Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y de aire embriagadas
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.
Gala del hombre de Oriente
Era la altiva Toledo:
Hoy conserva solamente
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.
La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.
Hoy á las cañas de moros
A lo mas ha remplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros

Con los gritos de un mercado.
   Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robole el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto Alcázar moruno.

III.

   Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.
   Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y dia
Del órgano las notas aceradas.
   Aun existe una página de roca
En que leer deletreando apenas
La era en que una tribu noble ó loca,
Cesó de darnos timbres y cadenas.
   Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras
En que á través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe seria.
   Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura,
Quedan en vez de cantos orientales
Himnos al Dios que mora en el altura.

   Ya no hay cañas, ni torneos
Ni moriscas cantilenas,

Ni entre las negras almenas
Moros ocultos están;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas,
No hay danzas ya de sultanas
En el jardin del Sultan.
Ya no hay dorados salones
En alcázares reales,
Gabinetes orientales
Consagrados al placer;
Ya no hay mugeres morenas
En lechos de terciopelo
Prometidas en un cielo,
Que los moros no han de ver.
Ya no hay pájaros de Oriente
Presos en redes de oro,
Cuyo cántico sonoro,
Cuyo pintado color,
Presten al aire armonía,
Mientras en baño de olores
Dormita soñando amores
El opulento señor.
No hay una edad de placeres,
Como fue la edad moruna,
Igual á aquella ninguna
Porque no puede haber dos;
Pero hay en gótica torre
De parda iglesia cristiana
Una gigante campana
Con el acento de un Dios.
Hay un templo sostenido
En cien góticos pilares,
Y cruces en los altares,
Y una santa religion.

Y hay un pueblo prosternado
Que eleva á Dios su plegaria
A la llama solitaria
De la fé del corazon.

IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
En los pliegues del ronco torbellino,
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.
La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazon del hombre,
Y él adora en un árabe mezquita
La misteriosa cifra de ese nombre.



El Reló.

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reló se cuenta
La voz que dobla á compas;
Si al cruzar la extensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detras;
Se fijan allí los ojos,
Y el corazon se estremece,
Que segun el tiempo crece
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia mas bella
Porque se pierde despues.—
¡Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento,
Cual se despliega violento
Desde un negro capitel
El son triste y compasado
El reló, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!—

Aquel misterioso círculo
De una eternidad emblema,
Que está como un anatema
Colgado en una pared,
Rostro de un ser invisible
En una torre asomado
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.—
Parece el ojo del tiempo
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reir de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.—
Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura,
Crece la humana locura
Mengua el tiempo en el reló;
El sol alumbra las horas
Y el reló los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.
Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta

Y se embriaga y rie y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmoble un reló marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.
   Tal vez detras de la esfera
Algun espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el dia
Para hundirse en occidente
Asoma la calva frente
El universo á mirar.
   Quizá á la luz de la luna
Allá en la noche callada
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.
   Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los dias,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reir.

   ¡Ay, que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver

En un misterioso círculo
Trazado en una pared;
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso ser,
La miseria.... el polvo.... nada,
Lo que *será* nuestro *fué.*
Es triste oir de una péndola
El compasado caer
Como se oyera el ruido
De los descarnados pies
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oir su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, contínuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno tambien,
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reló dando las horas
Que no habrán mas de volver;
Y murmurando á compas
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo —« *¡nunca!*,
¡Nunca!, *¡nunca!*» — vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

La luna de Enero.

El prado está sin verdura,
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.
No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brota en la seca rama
Tierno y pintado capullo.
No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas
En vez de arroyos torrentes.
La luz que los aires puebla
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.
Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de yelo.
Brota á los rudos estragos
Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.

Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.
Y baja amarillo el rio,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas desgajadas
Al furor del cierzo impio.

Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,
Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.
Que en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesanas de la luna.
Que la noche en recompensa
Callando los vendabales
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.
¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste
Despues del dia mas triste
De la estacion mas ingrata!
Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cual con la lluvia rielan
Las torres de la ciudad.
Se sienten rodar inquietas
Lanzando un grito violento,

Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzon las veletas.
Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.
No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque mas la temamos
La noche la sombra abulta.
Pues por completa ilusion
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.
El aire cristales miente,
Plata los pliegues del rio,
Lluvia de ambar el rocio,
Nácar y perlas la fuente.
Y alza á lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.
¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y espirar.
Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.
Pensar un velo sutil
Ocultando un blanco cuello,
Y buscar detrás de aquello
Un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.
Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere mas hermosura;
Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

Reina de los astros ¡ Luna !
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.
Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan extrema;
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.
¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio.
¡ Oh noches encantadoras
Volved con tanta riqueza!
Hermosas son vuestras horas

Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza !
Como aquellas ¡ no hay alguna !
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesanas de la luna.



A una Muger.

Ayer el alba amarilla
Al anunciar la mañana
Pintaba de tu ventana
El transparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.
Ayer al rumor tranquilo
De la corriente vecina
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruiseñor;
Y pájaros, flores, fuentes
Saludando al nuevo dia
Le prestaban armonía
En cambio de su color.
Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardin fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa,
Sin rubor sobre la frente,

Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.
Tú reías y cantabas
Niña ó ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.
Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazon:
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendias ayer.
¡Pobre niña! ¿qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
Tu caliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.
Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda te mece,
Tu aroma se desvanece.....
¿Quién demandará por tí?

Angel mio, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un dia
No compres, no, tu tormento;
El cielo es solo ¡alma mia!
De los ángeles mansion.

Hoy es tarde.... ¡eres muger!
Leo en tu frente humillada
El porvenir de la nada
Entre las huellas de ayer.
Veo en tu rostro bullir
Ese torcedor secreto....
Tu velar es hoy inquieto,
Es inquieto tu dormir!
Lívida está tu mejilla,
En desórden tus cabellos....
Muger, mal prendida en ellos
Olvidada una flor brilla.
Anoche en vez de oracion,
Desesperada en el lecho,
Exhalaste de tu pecho
Sacrílega maldicion.
Que en el cristal trasparente
Contemplastes aterrada
Del negro crímen grabada
La marca infame en la frente.
Que mal sujeta á tus flores
Entre tus gasas y lazos,

Rasgando van á pedazos
Tu hermosura los dolores.
¡ Ay ! inutilmente lloras
El desvanecido encanto,
Entre las ondas del llanto
No vuelven, muger, las horas.
Dióte el mundo oro y placeres
Cumpliendo al fin tus afanes,
Idolo de los galanes,
Envidia de las mugeres.
Y á luz saliste ufana
Con tu hermosura ¡ oh muger !
Sin acordarte de ayer,
Y sin pensar en mañana !

¡ Ay ! en la tumba concluyen
El gozar y el padecer
Del mundo vano,
Y los vicios nos destruyen,
Y nos matan ¡ oh muger !
Tarde ó temprano.

Y tú, caida palmera....
Porque vendiste tu amor
A precio infame,
Has querido vil ramera
Que á tus puertas el dolor
Mas presto llame.

. . . .
. . . .

Tal vez lúbrico magnate
Te inundó por un placer
De oro y cariño,
Y mientras su rey combate
El te cobija, muger,
Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
Decansó en tu impuro pecho
Tu amor comprando,
Y hoy el mendigo indigente
Te negará el pobre lecho
Tu frente hollando.

Pasaron niña los dias,
Con ellos las ilusiones
Infantiles,
Con ellos vienen impias
Las tormentas y aquilones
De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
Remordimiento, amargura,
Y desengaños:
Que en sus pliegues roedores
Gala, placer, y hermosura
Hunden los años.

¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y su oracion;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincon.

Aquel clamor fatídico y doliente
Se plegó entre las flores del jardin,
Vivró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festin.
Y en oculto elegante gabinete
Brusco y agudo penetró tambien,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.
Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos á ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido...
¡Bien con su nombre en su sepulcro estan!



ORIENTAL.

Dueña de la negra toca,
La del morado mongil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
Del Zenete mas bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera.... que tanto vales!
Hasta cuarenta ginetes.

Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos....
Le arrancaron para tí
De la corona de un Dios.

De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.
¡Oh que hermosa nazarena
Para un harem oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aróma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!
Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el Sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.
Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza
Para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu bóca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

A Venecia.

Allí está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenia soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta, que un dia imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviáronla buques, soldados la dieron,
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un dia á sus ojos la tierra callaba,
Un dia su nombre la tierra llenaba:
Pasaron los dias, Venecia pasó.—
Hoy es una viuda y hermosa sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en un palacio que el sultan la dió.

¡Venecia la encantadora,
La de los pardos pilares,
De las ciudades señora,
La señora de los mares,

La corona de jardines
Colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
Los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí,
Mas del poeta la lira
No es por tí por quién suspira,
No, Venecia, no es por tí.

¿Qué valen tus gondoleros,
Y tus regatas vistosas,
Tus republicanos fueros,
Tus máscaras revoltosas,
Y tus timbres altaneros,
Sin los ojos hechiceros
De tus hermosas?

¡Ay! que tus dias pasaron!...
Venecia, la maravilla,
A quien monarcas doblaron
Otro tiempo la rodilla,
Tus timbres ¡ay! se borraron,
Tus señores olvidaron
La hermosa villa.—

Antigua reina del mar,
Mal encubres tu caida
Tus bodas al celebrar
Con la posesion perdida.

Llora, Venecia, sí, llora;
Haz duelo en amargo llanto,
Que tus esclavos, señora,
Escupen sobre tu manto.
Reina, tu Adriático brama
Lejos ya de tus confines;
Olvídale, noble dama,
Entre danzas y festines.—

Tu patrono ha encanecido,
Tu raudo leon no vuela,
Sobre sus garras dormido
Por tu grandeza no vela;—
Brioso alazan herido,
Su caballero ha perdido
Freno y espuela.—

Un capricho que pasó,
Matrona opulenta, fuiste;
Tu príncipe te olvidó;
Hermosa, ya envejeciste
Y tu tez se marchitó;
No pienses, Venecia, no,
En lo que fuiste!

II

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Reir, hasta que seca la garganta
Niega paso á la vóz enronquecida;
Cantar, hasta que el alba se levanta,
Que yace en el Adriático dormida.—
¡Opulenta Venecia, rie y canta!

Rie y canta, señora de los mares,
Que la risa y la voz cubren el llanto;
Y mientras roe el tiempo tus pilares,
Y deslustra la lluvia el áureo manto,
Risa, y juego, y festines, y cantares....
Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
La voz de un enfermo apaga,
Que un suspiro de agonía
No penetra en un festin.—
Canta, Venecia la bella,
Para cubrir el crujido
De tu poder que se estrella,
Y va rodando á su fin.—
Levanta una carcajada
Para apagar un gemido,
Fatídica campanada
Preludio de un funeral;
Melancólica armonía
Que en la bóveda del templo
Vibra al espirar el dia,
Y es un canto sepulcral.
Porque, pese á tus placeres,
A tu pompa y tu hermosura,
Hoy Venecia solo eres
Una memoria de ayer;
Un sepulcro cincelado
Entre flores y perfumes,
Donde yace abandonado
Tu carcomido poder.
Un velo blanco de lino
De una vírgen desgraciada,
Ofrenda al verbo divino

Suspendida en un altar;
Barro inmundo en que grabaron,
Con mano desesperada,
El nombre que te legaron
Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
¡Reir, cantar, beber; corta es la vida!
Que en un festin espléndido y brillante,
Duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.



UN RECUERDO

y un Suspiro.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraiso de amar.

D. Nicomedes Pastor Diaz.

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las trasparentes gotas del rocío.
Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra saludando al dia
Desata rios, fuentes y cascadas.
Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.
Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que trepando por el monte
Del mundo el sueño á sorprender viniera.
Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.
Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.
Bello es el mundo, sí, la vida es bella!..
Dios en sus obras el placer derrama:
Solo no encuentra su contento en ella
Un corazon que el imposible ama.—
Él solo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
Él solo melancólico la mira
Como en sus pliegues su esperanza lleva.—
Solo él sabe que el sol en occidente
Al sepultarse, le arrebata un dia,
Y la noche, al caer sobre su frente,
Con su misterio aumenta su agonía.—
Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,
Ven las horas rodar... y sus dolores
Rodar tambien para volver con ellas!

Corazon que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazon acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

No sabes como se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.
Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer
Y mañana.... hay que llorar,
Si nos ama una muger.
Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasion,
No sabes cómo se aumenta
Cómo inflamada rebienta
La pena en el corazon.
Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Como abrasa el fuego interno
De tener hoy un infierno,
Donde estuvo un paraiso.
¡Amar y nó ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Morir por haber amado
Y no poderlo decir!
Bullir en el pensamiento
El bello ser de otro ser....
Y ese roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una muger!
Si, mis oidos la oyeron
Mis ojos la contemplaron
Era hermosa y la creyeron...
Mis oidos me mintieron
O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldicion del cielo,
Un reguero de luz y de armonía.
La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena
»Canta» me dijo, y la vision flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II.

A D. N. PASTOR DIAZ.

Poeta, ven y cantemos
A una voz nuestros amores;
En una harpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un árbol dos ruiseñores.
Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fué,
Y harto yo solo lloré
Una muger, un amor.
Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraiso.

A D. Jacinto de Salas
y Quiroga.

Es el poeta en su mision de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida
Blanca flor, que del tallo desprendida
Arrastra por el suelo el huracan.
Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el señor en su cólera le envia
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afan.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiracion su alma,
Por eso el corazon de triste duelo
Vestido está tambien.
Que por único alivio en su tormento
Solo le queda una cancion inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, Bardo sombrío,
Tú que á remotos climas has llevado
Tú noble y melancólico cantar;

Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada,
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.
Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño
Selló la tranquila frente
De su hijo mas pequeño,
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

Cumple sí, tu mision sobre la tierra,
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para tí.
Hasta que espiren los revueltos dias
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito espías;
¡Ay! porque escrito está
Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu raudo vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansion,
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazon.
Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.
"—Hay una flor que embalsama
»El ambiente de la vida,
»Y su fragancia perdida
»Tan solo no se derrama
»En tu alma dolorida.—"
Es un privilegio impío
Mirar el placer ageno
En su loco desvarío,
Y en el corazon vacío
Sentir acerbo veneno.
Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta muger hermosa,
Con esa tez transparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.
Ver tanto feliz galan,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse *él* de tu afan,
Sin adivinarle *ella*.
¡Y el poeta en su mision
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazon,
¡Sin mas que una maldicion
Escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal
Con un dia y otro dia,
Llenando el cupo fatal;
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.



FRAGMENTOS

á Catalina.

I.

Yo adoré la hermosura
De angelical doncella encantadora,
Bella como la aurora,
Como las flores pura.
En su labio risueño
Yo contemplé mi amor con ufanía;
Ella me amaba un dia,
Yo la llamé mi dueño.—
Reclinado en su seno
Sentia yo su mano dulcemente
Resbalar por mi frente,
De orgullo el pecho lleno.
Y la impresion ligera
Sentí que por mi sien acalorada
Hacía perfumada
Su negra cabellera.
Y oí su juramento
Que enlazando su mano con la mia
Mil veces repetía
Con cariñoso acento.—

Y era su voz mas grata
Que del aroma la flotante nube
Que en la mezquita sube
Del pebete de plata.
¡Ay! que ella fue mi orgullo,
Y yo la amé porque era mas hermosa
Que de temprana rosa
El naciente capullo—

Con pompa sus ramas al cielo elevaba
El álamo en medio del bosque frondoso,
Y arroyo entre guijos al pie deslizaba
Su curso penoso.
Bajó irresistible del monte cercano
Furiosa torrente, y el manso arroyuelo
Creció, y el follage del álamo vano
Postró por el suelo.

II.

¿Qué te valdrá, Catalina,
La hermosura peregrina
De ese rostro angelical,
Cuando falsos amadores
Se rian de tus amores
Y se rian de tu mal?

Cuando el álamo pomposo
Levantó tan orgulloso
Su cabeza,
Todas las aves del valle
Bajaron á celebralle
Su grandeza.

Cuando por tierra caido,
Solo el siniestro graznido
Del buho entorno se oia:
¿Qué se hacía el ruiseñor
Con sus cantares de amor?
Medroso del valle huia.

Cuando llores los afanes
Que tus mentidos galanes
Te mostraron,
¿Dónde estará de tu llanto
El irresistible encanto
Que probaron?

¡Alma mia! yo te amaba,
Y en amarte me gozaba,
Y halagabas tu mi amor:
¡Qué te hice, mi querida!
Que así abandonas mi vida
Á la rabia del dolor?

¡Ay! mis dias se pasaron
Y un recuerdo me dejaron
Cual de un sueño!
Cual de un sueño de delicias,
Que formaron tus caricias
Dulce dueño!

Cuando apenas ví malhora
Tu belleza seductora
Si muriera.... Catalina!...
Viera entonces derramada
Esa copa emponzoñada
Que la suerte me destina.—

Que entre el lúgubre reposo
Del sepulcro silencioso ,
No se agita
Esa sombra que nos ciega,
Y abandona cuando llega
Nuestra cuita.—

Cuando ví tus labios rojos ,
Cuando vi tan lindos ojos,
Tantas gracias , prenda mia ,
Sentí un amor tan profundo
Que un arcángel en el mundo
De ternura , te creia.—

¡ Insensato , me engañaba !
Un espíritu adoraba
En mi delirio.
No ví entonces , ciego amante,
En tu mágico semblante
Mi martirio.

Ojalá nunca te viera ,
Y nunca escuchar te hiciera
Mis amorosas querellas
Que tan bella.... eras muger,
Y voluble en el querer
Como sois todas las bellas.—

Mas los álamos cayeron
Cuando las aguas vinieron
Mas crecidas.
Y sus hojas, ¡ Catalina !
Fresca rosa purpurina
Vió caidas.=

Y pasarás cual pasaron
Los álamos que prestaron
Su gala y su sombra al valle;
Pasarás, y en el olvido
Tu nombre una vez hundido
Fuerza será el olvidalle.

Solo, yo solo en tu sepulcro helado
Elevaré mi cántico enlutado
En noche tenebrosa.—
No brillará la luna, y hará el viento
Que retumbe fatídico mi acento
En tu cóncava losa.—
Y buscará mi cantico tu oido,
Y aquel mundo hallará desconocido
Dó estará tu morada;
Y te dará tormento inextinguible
Hasta que en tu mansion incomprensible
Mi alma tenga entrada.—

III

. . . .
. . . .
Mas tú, Catalina, como eres de bella
Así veleidosa te precias de ser,
Deslumbras la mente, fantástica estrella,
Y pasas cual aura de vago placer.=
Pluguierate un tiempo ¡feliz! prenda mia,
Pluguierate un tiempo mis versos oir,
Entonces tu labio falaz sonreia....
Reias traidora de verme morir.—

Y tú me jurabas de allí á eternamen te
Un inextinguible volcánico amor,
Tu mano pasabas en torno á mi frente,
La frente, decias, de tu trovador.—
Solo, con la luna bajo tu ventana
Mil veces por verte contento esperé,
Ay, porque si entonces me amabas, tirana,
Me esquivas ahora ¿ responde, por qué ?
¿ Hallastes acaso amor mas cumplido ?
¿ Te llama su bella mas fino galan ?...
Cien torres robustas al fin han caido,
Las iras calmaron del récio huracan.—
»Que llore el poeta, digiste, por eso
»Sublimes cantares le inspira un desden,
»Por eso á las damas es dulce embeleso,
»Por eso el guerrero le aplaude tambien» —
¡Tirana! que aplauda mi canto el guerrero,
Que aplauda mi canto su estúpida voz,
Tambien el poeta se viste de acero,
Tambien el poeta combate feroz.
Y vence, y su triunfo con vaga sonrisa
Contempla y la sangre con júbilo vé,
Y humea y es roja la tierra que pisa,
Respira sereno, no tiembla su pie.

Mas, perdona hermosa mia,
Perdona á tu trovador,
Fué la pasion, fué el amor,
Fué mi loca fantasia.
Te amo mas que á las flores
La risueña primavera,
Te amo, hermosa hechicera,
Cual aman los trovadores.

Que eres linda castellana,
Como la rosa temprana,
Que se abre en fresca mañana
Al soplo de brisa inquieta.
Mas que el albor de la aurora,
Mas que la fuente sonora,
Mas que la ilusion que adora
En su delirio el poeta.

Mas ¡ ay ! que al pie de tu reja
En vano el poeta llora,
Tú no le escuchas, señora,
Que es importuna su queja.
Ni sus denuestos te irritan,
Ni te dueles de su llanto,
Ni los ayes de su canto
Ese corazon agitan.
Que solo me escucha el viento;
Y con bramido violento
Arrebata al firmamento
Mi dolorida cancion.
Catalina, tú serena,
De llanto y de amor agena
Ni oirás mi cantinela,
Ni sentirás mi pasion.—
Y tal vez en tu ventana,
Ceñida la sien de flores,
Verás nuevos amadores
Venir de tierra lejana:
Y en cansado palafren,
Mal vestido el roto acero,
Vendrá algun aventurero
Á darte obsequio tambien;
Mientras yó, el primer amante,

En esta arena distante,
Lloro mi bella inconstante,
Lloro mi perdido amor....
Tus caricias que pasaron
Como cierzos que bramaron,
Como soles que secaron
Una solitaria flor.—

Que el eterno llanto mio
Mi rostro ardoroso oprima,
Que riegue en estraño clima
Algun sepulcro sombrío:
Ó cerca de una laguna
Moje el pie de rota cruz
Que bañe la parda luz
De la misteriosa luna.—
Y pasen los dias mios
Como espuma de los rios,
Como allá en los montes frios
Muere al nacer triste lirio.
Y perezca el trovador;
Y en un suelo abrasador,
Que le acabe de su amor
El fantástico delirio.



A. . . . .

Déjame oir tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino entanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.
Dióte el cielo contento y armonía,
Y es justo que le cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu dia,
Tu sien de niño coronó de flores.
Para tí son la risa y los festines,
La tierra para tí tiene placeres,
La tierra para tí tiene jardines,
Y para tí son bellas las mugeres.
Y tiene luz el cielo transparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbra tristemente
Cual moribundo sol, en medio de ellas.
No para mí cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto entorno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;
Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando ccn él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.
No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.

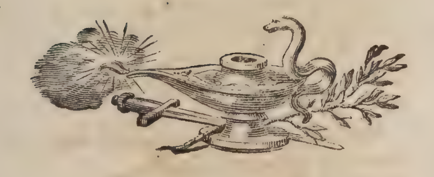
. . . .
. . . .
. . . .

¿Por qué en el lánguido aliento
De una muger que suspira,
Solo el poeta respira
Su amargura y su tormento?
¡Ay! ¿de qué le sirve al triste
La fogosa inspiracion,
Si es de tierra el corazon
Y su voluntad resiste?
En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas,
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.
Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.
En la tierra... pasa el hombre
Y vé su miseria en calma,

¡Ay no comprende su alma
Y no demanda su nombre!
Que es el poeta un bajel
Que de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado,
Para naufragar en él.
Mas yo ví el tronco mortal
De avaro conquistador
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.
Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.
De mármol la mano fria,
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba,
Si érase un hombre dormia.
Ví un rey, que el trono perdió,
Porque al vasallo le plugó,
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.
Ví una hermosa que arrastraban
Sobre féretro asqueroso
Y con cántico medroso,
Sacerdotes la rezaban.
Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mugeres
De sus hijos olvidados.
"Vivamos hoy"—se decian
En el lúbrico festin;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedian.

Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldigeron
Que eran infelices todos.
Y en marmóreo pedestal
Ví la sombra del poeta,
Á quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.
Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiereza
Sus ojos en quien le mira.
Y al universo da leyes
Orgulloso triunfador,
Intérprete del señor
Sobre la ley de los reyes.
. . . .
. . . .
Oye, sublime cantor,
Si es fuerza que al fin sucumba,
Si al fin bajo á ignoble tumba
Á dormir con mi dolor;
Si al fin con el viento vago
Mis versos se perderán,
Cual fuentes que á morir van
Al cieno de hediondo lago;
Cuenta al mundo mi amargura,
Cuéntale mi suerte impía,
Que sepa al menos que un dia
Quise volar á la altura.
Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbécil planta de un hombre.

Solo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará
Entre el cesped brotará
De mi sepulcro en la orilla.
¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?
¡Pobre flor! ¿á qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa
Pero morirás mañana.
¡Ay! pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?



Oriental.

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta Gomeles
Y el capitan que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo éste á una muger
Que entre sus brazos lloraba:
—Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edem para tí.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil.
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Extiendo mi señorío,
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mio.

Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pie del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.
Y tú mi sultana eres;
Que desiertos mis salones
Está mi harem sin mugeres,
Mis oidos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.
Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de Oriente,
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios.... amor!—
—¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme moro
A mi padre y á mi patria,

Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada.—
Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quién medita,
En la mejilla una lágrima.—
—Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas en Leon,
Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Houri del Edem no llores,
Vete con tus caballeros.—
Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitan de los moros
Volvió en silencio la espalda.



La Meditacion.

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la muger que amé.
Apoyada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda yerba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pié.

Aquí, lejos del mundo, y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caractéres
Nombres que ya no son.
Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oracion.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz:
Y se despide del albor del dia
Desde una alta ventana de la torre,
Ó trepa de la cúpula sombría,
Á la gigante cruz!

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace aturdida huir.
La funeral sonrisa me saluda
Del solo ser que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡Perdon! ¡no escuches Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!
Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un rio,
Entre los pliegues del viento.
¿Por qué una imágen mundana
Viene á manchar mi oracion?
Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldicion.
¿Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello,
Con esa tez transparente
Sobre la tranquila frente,
Y sobre el desnudo cuello?
Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pié de altar sacrosanto,
Ó al pié de pardo castillo.
Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caida encontró,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oido,
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.
¡Mi crímen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

Cuando estas tumbas visito
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.
¡Perdon! ¡no escuches Dios mio
Mi terrenal pensamiento!
Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un rio,
Entre los pliegues del viento!



ROMANCE.

Cruza el azul firmamento
Sobre cenicienta nube
Vago suspiro del viento,
Preludio del huracán.
Y en los pardos botareles
Susurra el musgo colgado,
Y los negros capiteles
En torno velando están;
Esqueletos descarnados,
Monumentos carcomidos,
Sobre los aires lanzados,
Corona del fundador:
Á través de cuyos ojos
Los bravios aquilones
Arrastran cien nubarrones
De ceniciento color.
Á la voz de la campana
Que espira en el aire vano,
En la calada ventana
Se oyen los vidrios crujir:
Y las góticas labores,
Entre las sombras vibrando,
Mezclan confusos colores
En tembloroso lucir:

Y en la sombría capilla,
De la bóveda colgada,
Tibia lámpara amarilla
Arroja espirante luz:
Y su claridad perdida
Se refleja en los altares,
Tiembla en los anchos pilares,
Da movimiento á la cruz.
Y el ojo imbecil del hombre
Acaso al verla soñara
Vagos fantasmas sin nombre
Cruzando en la oscuridad;
Como en noche perezosa
Brilla en el monte una hoguera,
Y vibra la azul esfera
Á la roja claridad.
Al pie del altar calado
Entre las sombras perdida,
Como en féretro enlutado
Quedó olvidada una flor;
Una muger que murmura
Una plegaria medrosa;
Ostenta mas su hermosura
En la mejilla el dolor.

Se oyó en la concava nave
Acelerado rumor
De alguno que fatigado
En las tinieblas cruzó.
A poco un hombre de Oriente,
Como flotante vapor,
Al pie del altar calado
Irreverente llegó.

Lanzó la muger un grito,
Y el musulman de furor
Lanzó tambien un bramido
Que en las bóvedas rodó.
Y entre la suelta melena
De la Vírgen del Señor
Mano sacrílega puso
Y en la alfombra la arrastró.
»Yo te compré, Nazarena,
Esclava para mi Harem,
Y has de vivir con tu pena
Con mis mugeres tambien.
»Toda una noche he corrido
Desde Sevilla hasta aquí,
Y juro al Dios que he servido
Que no he de volver sin tí.»
Calló el moro, y de la lluvia
El compasado rumor
Sobre los pintados vidrios
En la capilla se oyó.
Se oyó el silbido del viento,
Y el amarillo fulgor
Del repentino relámpago
Por los cristales miró.
Y se oyó girar violenta
Al soplo del aquilon
La veleta rechinando
Sobre el agudo punzon.
Y la solitaria lámpara
En el aire se meció,
La ya moribunda llama
Azotando en derredor,
Y como en el mar tranquilo
Ligero monstruo se hundió,

Dejando en la superficie
Un círculo vibrador;
Así de la luz incierta
La claridad espiró,
Y alzóse del Musulman
En las tinieblas la voz,
»—Que caiga en tí del profeta
La execrable maldicion.

Nació la siguiente aurora,
Derramó su lumbre el Sol,
Y el gótico monasterio
Sus capiteles alzó
Carcomidos por el tiempo,
De cenagoso color.
Dos caballeros cristianos
Al pie de tosco peñon
Recibian á una dama
Que imploraba su favor,
Y en la llanura á lo lejos
Con ellos despareció.—
Entanto que un pasagero
Postrado en un escalon
De la ruinosa capilla,
Al acabar su oracion,
Vió pálido y abatido,
La mejilla sin color
Un musulman abismado
En honda meditacion.

A LA ESTATUA

de

CERVANTES.

Esa es su sombra.... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se vé de hierros circundado.
No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrára un compañero
Al pie del pedestal que le sujeta.
Tal vez no hallára un digno castellano
Libre y valiente á quién llamar amigo,
Á quién tender la cercenada mano,
Á quién llevar en pos al enemigo.
Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso transparente
Apagada á la luz la ancha pupila.

Cervantes le llamaron otros dias ,
Yerta figura con ageno nombre ,
Como su original arrastra impias
Horas de duelo en la mansion del hombre.
Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado ,
Ó envuelto en sus harapos de poeta.
Hoy en la inmoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza ,
Y está sombrio en pie sobre la altura ,
Como sacan un reo á la vergüenza.
El pueblo vé á sus pies ; negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.
Y siente la carroza del magnate
Rodar , y se estremece á su carrera ,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.
Y abajo entre los árboles perdidos.
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caidos ,
Las parodias de sábios y poetas.
Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al occidente ,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir , alegre ó indolente.
Hubo un Cervantes cuando aquel vivia ,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre ;
Llamáronle poeta , y poseía
Una espada y un libro con su nombre.
Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino ,

El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.
¿Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormia?
¿Á qué traerle con tenaz empeño
Á sufrir otra vez la luz del dia?
¿Á qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas:
Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba:
¿Qué piensas del mundo, dí?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzará,
Cuya sombra quedó aquí.
¿Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un dia
Embriagado en una orgía
Mientras su nacion combate?
¿Qué piensas tú de esos reyes (1)

---

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

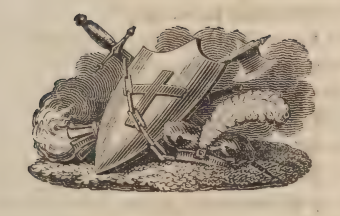
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto
Huérfanas hoy por sus leyes ?
¿ Qué piensas , genio inmortal ,
De ese pueblo soberano
Que abre paso á su tirano
Sin levantar un puñal ?
Dime , coloso de hierro
Á quién condena la suerte
Á sufrir desde la muerte
En tu patria tu destierro ,
¿ No es cierto que allá en su afan
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracan ?

II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito ,
En extrangero idioma por fortuna ;
Tal vez será tu nombre un *Sambenito*
Que vierta infamia en tu española cuna.—
¡ Hora te trajo á luz desventurada !
¿ Español eres ?... lo tendrán á mengua ,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.—
¡ Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma ,
Recuerdo que los tiempos han roido
Que algun rico libró de la carcoma !
Maldita es tu mision sobre la tierra ,
Los que mueren sus males acabaron ,
Todos sus restos su sepulcro encierra....
Los tuyos del sepulcro los robaron.—

Hélo allí que se levanta
Como fantasma furioso,
Que magulla con su planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo.—
Porque su nombre y su gloria
Solo al tiempo las vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, nó.—
Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso,
Que á su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roida,
En caractéres jigantes
Dos genios con una vida,
Un *Quijote* y un *Cervantes.*—
Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma,
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algun bardo colosal
Levanta entre la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Salmodiando el funeral;
Cuando el tiempo, hombre sombrío,
El orbe rompa á pedazos,
Que sostenido en tus brazos
Huya su cuchillo impío:

Y en el dia de furor,
Cuando al eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle
Y dile que era un POETA. —



ELLA.

El cabello desceñido,
Por las mejillas el llanto,
En su angustiado quebranto
Es el angel del dolor.
Sobre el lecho de la muerte
El triste poeta gime,
La ardiente fiebre le oprime
Con fuego devorador.—
Jóven, lleno de ilusiones
En su primavera espira,
Él por sus sueños delira,
Y ella delira por él.—
¡Se muere!... y por solo alivio
De eterno dolor profundo,
Quedará sola en el mundo
Con un recuerdo de hiel.—
Fueron sus ojos azules,
Fueron sus lábios de rosa,
Su sonrisa voluptuosa,
Su mirada angelical;
Ahora es una azuzena
Sin frescura y sin aroma,
Una palma que desploma
El revuelto vendabál.—

E L.

»— Oiste ? ¿ no fue el viento
Que murmuró tu nombre ?
Era la voz de un hombre,
Era un odioso acento.
Acércate ¡ alma mia !
He visto ya la muerte,
Ah ! necesito verte....
Acércate María!...
Aparta de mi mente
Las sombras del delirio,
Consuma mi martirio
Ó Dios Omnipotente !
¡Angel mio ! ¡María !... aquí, en mi frente
Siento un ardor horrible que me acaba ;
¡Es de un volcan la abrasadora lava,
Es de fuego un torrente !
¿ Me huistes ¡ oh Maria !
Cual un fantasma vano ?
Tu delicada mano
Tocar me parecia.—
Creí sentir la seda
De tu cendal ligero....
María.... ¡ á Dios !... yo muero
María.... ¡ en paz te queda !
No—yo quisiera ahora
La calma de un momento....
Uno solo.... ¡ oh tormento !
Tan solo sí una hora....»

¡Tan jóven ¡ay!—la voluptuosa aurora
No ví mas de la vida.... y á la oscura
Tumba bajar!... sin tí, sin tu hermosura,
María encantadora!

¡Tan jóven y perderte!
Ahora que la vida me halagaba,
Cuando mi gloria ¡oh vírgen! empezaba,
Ir á dormir el sueño de la muerte!...
Ay, solo, abandonado
Deja la luz el mísero poeta....
Y su mente ambiciosa, vaga, inquieta
Irá á encerrar en el sepulcro helado!
¡Morir!... ¡oh nó, imposible!
¿Y mi lira? ¿Y mis versos?... ¿Y mi gloria?
¡Ni mi nombre siquiera en la memoria
De un solo vivo?... ¡Idea aborrecible!
¿Ni ella tampoco, ni ella
Viene á coger mi fúnebre suspiro?
¡Y me acabo! ¡y apenas ya respiro!
¿Y yo la amaba, y la llamé mi bella?
¡Amor mio! María,
Tú me amabas tambien: será el postrero,
Pon en mi labio un ósculo hechicero....
Tranquilo bajaré á la tumba fria!

LOS DOS.

En congojosa agonía
Al abandonar el mundo,
Con acento moribundo
Así el poeta decia.—

Y en medio la fiebre ardiente
Por su bella demandaba,
Y su llanto derramaba
La bella sobre su frente.—
¡Lanzó un suspiro! — ¡Su boca
Guardará silencio eterno!
Tal vez con gemido interno
Un nombre adorado invoca.—
El lábio á su lábio unió
La desolada María....
¡Inútil!— la muerte impía
De su dolor se rió.—



Elvira.

Con furia en el bosque luchaban los vientos,
Del pino tronchado sonoro estallido
Se oia crujir:
Y el ave agorera sus tristes lamentos
Callaba ,y del trueno lejano el bramido
Se hacía sentir.
Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
Que en sulcos deformes la tierra partia
De angustia colmada:
Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
El hombre digera que el mundo se ardia
Tornando á su nada.
Encina nudosa nacida entre peñas
Por donde derrumba su espuma un torrente,
Se mira á lo lejos:
Y apenas alumbra el rayo en las breñas
El arco ruinoso de gótico puente
Con tibios reflejos.
Suspenso en la cima del árbol añoso,
De ramas tejido desciende un asiento.
En el aparece
Fantástica bruja de aspecto asqueroso
Sentada y serena.—Con ímpetu el viento
Silvando la mece.

»—Ví palacios magníficos un dia
Cuando fortuna en torno me reia,
Vi donceles y dueñas,
Que humildes me acataban,
Los vientos no zumbaban
Entre las rudas peñas.
Y oia yo cantares regalados,
Y oia al par los ecos apagados
De una lira distante;
Porque es grato á las bellas
Escuchar las querellas
De su bizarro amante.
Gimió el clarin y se lanzó la guerra
Bramando de furor — mustia la tierra
Lloró por su venida, —
Y vestido de acero
Fue al campo el caballero,
Y allí perdió la vida.
Y entraron victoriosos los contrarios
Respirando venganza— ¡ Sanguinarios!
Mis tierras ¿ qué se hicieron?
Mis fieles servidores
En medio estos horrores
Luchando sucumbieron.—
Y el último era un héroe—y yo vagaba
Allá en su mente á tiempo que espiraba!
Muriendo ¡ ay! me decia,
»Mi Elvira encantadora
Llora tu esposo, llora
Sobre mi tumba fria.»
Lloré y venganza le juré á mi esposo,
Y se la dí, que incendio estrepitoso
Consumió los salones
Que vivió su asesino;

Solo halló cuando vino
Denegridos terrones.
Contra su altiva frente el cielo mismo
Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
Le tragó del torrente.
Yo le miré suspenso
Sobre el espacio inmenso
Maldecirme demente.—
Y me gozaba, y aplaudia en tanto,
Y daba al viento el desacorde canto
De la venganza mia;
Y oí sonar cercana
La lúgubre campana
Al tiempo que moria.
Crece ahora, huracan— alza bramando
Tu saña contra mí— yo iré cantando
Mis himnos funerales;
Con mis manos heladas
Yo romperé selladas
Las puertas infernales.—

Cantaba la vieja: con sordo mugido
Los vientos llevaron su triste cancion,
Del rayo en un punto el árbol herido,
Con ella caia:
Su grito de muerte se oyó, y todavía
Vagó por sus labios postrer maldicion.—

La tarde
DE OTOÑO.

Ya viene el revuelto otoño
Recogiendo fresco y flores;
Pasó el sol con sus calores,
Y alumbra al fin otro sol;
Pasaron las alboradas
Deliciosas de la aurora,
Que el horizonte colora
De purpurino arrebol.
Pasaron las noches claras
De la luna y los jardines;
Las noches de los festines
Tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
Á desbora entre las rejas,
Los cuidados de las viejas,
De las niñas el afan.
Pasaron las serenatas
Debajo de los balcones,
Las rondas y las canciones
Del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste: la tierra
Pierde su brillante aliño,
Y el amor, que es pobre y niño,
Alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
Entre su sombra importuna,
Si pierde su blanca luna
Y sus horas de placer;
Si pierde la fresca aurora
Sus arómas y sus flores,
Sus nubes de cien colores,
Su aureola de rosicler:
Le queda en cambio á la tarde
Todo el encanto del dia,
Y henchida de su armonía
Sale el sol á despedir.
Bella es la tarde que baja
Por el rosado occidente,
Y se apaga lentamente
Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,
Y el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el rio, el monte.
Rey de los astros, el sol,
Del régio trono al bajar,
Su pompa querrá ostentar
En su manto de arrebol.
Por eso suspenso está
De su reino á la salida,
Jurando á su despedida
Que mañana volverá.
Banda de nubes de grana,
Que con sus reflejos tiñe,
Flotando en torno le ciñe
Como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
Filigrana de la tarde,
El sol que á su espalda arde
En colores desmenuzan.
Y al hundirse en occidente
Partida en muchas la llama,
Por el cielo se derrama
Fosfórica y trasparente.
Es la postrera sonrisa
Del bello dia que acaba,
Que de esa luz arrancaba
Su fresca ondulante brisa.
La fresca brisa que asoma
Por sobre la roca calva,
Remedo de la del alba
En frescura y en aroma.
A su venida, tardías
Cierran su caliz las flores
Y trinan los ruiseñores
Sus postreras armonías.
Se les ve buscar la sombra
Entre las desnudas ramas,
Porque sus hojas de escamas
Sirven al suelo, ó de alfombra.
Que ya el inconstante viento,
Del otoño que aparece,
En los árboles se mece
Con brusco sacudimiento.
Flor, pronto inútil y sola,
En vez de la que él deshizo,
Orlará el campo pajizo
La purpurina amapola.
Brezos y arbustos impuros
De la montaña en la falda,

Vestiran su áspera espalda
Con sus matices oscuros.—
   Grupos de nubes perdidos
Como fantasmas deformes,
Traen en sus pliegues enormes
Vientos de invierno escondidos.
   El árbol en largas hebras
Hiende sus cortezas vanas,
Y anuncian lluvias lejanas
Las rastras de las culebras.
   Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos á su garganta;
Rey del viento se levanta
Entre la tierra y el cielo.
   Se oye de alguna paloma,
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.
   Queda el mundo en soledad:
Y en el aire alzan su imperio
De las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.



INDECISION.

¡ Bello es vivir, la vida es la armonía !
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de arómas, flores apiñadas :
Y en medio de la noche magestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo dellas.
¡ Bello es vivir ! Se vé en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace:
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores,
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruiseñores.
. . . .
. . . .
Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en occidente,
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el oriente.
¡ Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama
Se alza un festin con su discorde ruido.
Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.
Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya extensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.
Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.
Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entre abierta boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.
¡ Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de arómas, flores apiñadas....

Arranca, arranca Dios mio,
De la mente del poeta
Este pensamiento impío
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y amargura,
No puede soñar su alma
Placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! su llanto
Fué la inspiracion sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez;
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,
Él arrastra su tormento
Escrito sobre la tez.
Porque tú ¡oh Dios! le robaste
Cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
Para que muriera en él;
Tú le digiste que el hombre
Era en la tierra su *hermano*,
Mas él no encuentra ese nombre
En sus recuerdos de hiel.
Tú le has dicho que eligiera
Para el viaje de la vida
Una hermosa compañera
Con quién partir su dolor;
Mas ¡ay! que la busca en vano;
Porque es para el ser que ama
Como un inmundo gusano
Sobre el tallo de una flor.
Canta la luz y las flores,
Y el amor en las mugeres,
Y el placer en los amores,
Y la calma en el placer:
Y sin esperanza adora
Una belleza escondida
Y hoy en sus cantares llora
Lo que alegre cantó ayer.
Él con los siglos rodando
Canta su afan á los siglos,

Y los siglos van pasando . . .
Sin curarse de su afan.
¡ Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste !...
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro estan.
El dia alumbra su pena ,
La noche alarga su duelo ,
La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir :
Fábulas son los placeres ,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mugeres ,
Tarda la hora de morir.
Hay sol que alumbra , mas quema:
Hay flores que se marchitan ,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldicion.
Si tiene una voz que canta ,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta ,
Vacío en el corazon. . . .

¡ Bello es vivir ! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros pies tendido ,
La frente altiva con las nubes toca....
Todo creado para el hombre ha sido.
¡ Bello es vivir! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida ,
Y de locura y sueños embriagado
En un festin el porverir olvida

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
El tiempo entre sus pliegues roedores
Ha de llevar el bien que no gocemos,
Y ha de apagar placeres y dolores.
Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el son de la fatal campana
Toque á morir.—Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.





Eran aun los agitados dias
En que mi juventud abandonada
Adivinó tal vez horas impias
Entre el crespon de la insondable nada;
Cuando con ojo avaro y penetrante,
Aun no poeta el porvenir medita
El niño, y vé pasarle por delante
Árida nada que su sed irrita;
Cuando el nombre del niño no es un nombre,
Cuando la idea informe no es idea,
Y en el alma del niño nace el hombre
Que idea y nombre se conquista y crea.
Entonces de la vida en el vacío
Soñé un bello fantasma que rodaba,
Gota brillante y fresca de rocío
En flor que brota entre pajiza lava.
Blanco ese sueño resbaló en mi mente
Puro y tranquilo como sol que nace,
Como se rompe el agua de la fuente
Y rodando en la yerba se deshace.
Era la forma transparente y vaga
De un arcangel que cruza el firmamento,
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.
Era la voz del harpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo con las algas verde
Tibia se mece amarillenta luna.

Era en la mente perdida
Entre suspiros de gloria
La esperanza y la memoria
Del amor de una muger:
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

Permite dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazon;
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta
La fogosa inspiracion.
Que en la noche tempestuosa
Será bello ¡amada mia!
De la lluvia áspera y fria
Al desigual susurrar,
Tener contigo un poeta
Sentado á la roja llama,
Con un corazon que ama
Y una voz para cantar.
Será bello en puro dia
De fragante primavera,
Su fantástica armonía
Escuchar en un jardin,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Despues de largo festin.

Te diga los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador:
Y en la tibia madrugada
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente,
Soñando sueños de amor.
Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar;
Os encuentre la mañana
Y resbale vuestra vida,
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.





Mañana voy, nazarena,
Á Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana,
Al compas de mi cadena.
Cuando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores
En la sangre de sus manos.
Valiera mas que cautivo
En esa torre acabára
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendes ¡ay! bien cara.
¡A Dios! tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos,
Pero es esperanza vana;
Cautivo quedo, cristiana,
En la prision de tus ojos.
¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
Sino he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida,
Ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español,
Tu eres mi sol y mi luna....
La aurora y el arrebol.

Pues en tí pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir,
Sultana, á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy
Presto, á fé, que he de morir.

Ha prometido Mahoma
Un paraiso, una hurí....
Tu habrás de ser angel, sí,
En esa region de aroma,
Y hemos de amarnos allí.



ROMANCE.

La noche no tiene ruido;
En la sombra no hay color;
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen,
Estamos velando dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pié de la reja *yo*.
Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez transparente,
No ven su rosada frente,
Ni su sonrisa de amor:
No ven el rubor de virgen
Que sus mejillas colora;
Tiene quince años ahora....
Las niñas tienen rubor.
No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda,
Asomado el blanco pie:
Como en la orilla de un rio,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se vé.
Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazon la inquietud;

Y tiene la áspera reja,
Centinela desvelado,
Delante el amor osado,
Detras la fragil virtud.
¡Mas, pese á la densa reja,
Pese á la noche sombría,
Yo tengo ¡paloma mia!
El alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazon para mí.
¡A Dios! que por el oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol;
Y para una niña en vela,
Y el galan que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

Vierte el alba en su sonrisa
Su armonia y su color,
Y se columpia la brisa
En el caliz de la flor;
De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,

Y gime languidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardin cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada cancion.
»—¡Oh! vuelve noche sin ruido,
Con tu sombra sin color,
Con tus viejos sin cuidado,
Y con tus dueñas sin voz;
Porque, cuando todos duerman,
Volvamos á velar dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pie de la reja *yo*.»



A
un Torreon.

Gigante sombrío, baldon de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones en vez de tu gente
Reptiles arrastran su piel amarilla.—
Dime; ¿que se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante cancion?
Tú estás en el valle cadáver podrido,
Guerrero humillado que el tiempo ha rendido,
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
El mundo no sabe que existe *Muñon.*

Tus pardas ruinas me son de tormento,
Con negros recuerdos corroen mi alma....
¡Tú estás en mi mente, maldecida palma
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,
Sin nombre, sin gloria para siempre hundo
Mi frente abrasada de inútil sudor;—

¡Por tí, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y me robaron.... ¡maldito tu suelo,
Maldito tu nombre.... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
A la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosura.—
De tí el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.—
Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
A esa hermita de Castilla
Sin sacerdote sujeto.—
Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.—
Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pie de tus torreones.—
Señor muerto en tierra agena,
Olvidado de tu gente,
A pedazos de tu frente
Roba el viento tu melena.
Y pasa á tus pies el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia,
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago dia
En tu gastada piedra escribí yo,
Y el *nombre* de otro y la *vergüenza* mia
Con la tuya quedó.
Cuando mi lábio le nombró, mentia;
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy.... ya no existe; en su carrera impía
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una muger por mi mal
Le arrebató á un serafin;
El huracan de la vida
Solo dejó, ¡ oh mi querida!
Para mi eterno tormento,
En prenda de maldicion,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazon.



La Noche

DE INVIERNO.

(A D. Genaro Villaamil.)

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esa ventana :
En pós de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracan.
Agua las nubes abortan,
Se vé la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer ;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.
Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.

Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para tí.
    Y se oye el son temeroso
De campanas que, rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad:
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.
    Encendamos una hoguera
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared:
Que mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.
    Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Y todo el lujo de Oriente
Y un mundo para pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios,
Con aéreos botareles
Y afiligranado altar.
    Tienes torres con campanas
Y transparentes labores,
Castillos con castellanas
Que aguardan á su señor;
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas

Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.
Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roidas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar;
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.
Tienes en los mares islas,
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer;
Prepara lienzo y pinceles,
Y deja que el viento brame,
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.
Á inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.
Yo escribiré como muje
El vendabál en tus torres,
Como entre las járcias cruje
Del buque que vá á anegar:
Como zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Como silva en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré como imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruje como el leon,
Silva como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreon.
Miente el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico suelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.
É imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás.
Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fria
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por tí.
Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,

Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harem.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.
Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré como se mecen
Las flores sobre los tallos,
Como nacen, como crecen,
Como el sol las agostó.
Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fue;
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.
¡Pintor! que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad;
Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
Á la roja claridad.
Calderon, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.

Ahí estan Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano....
Con tintas para tu mano,
É inspiracion para mí.
  Prepara lienzo y pinceles,
Desplega tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el dia
Que alumbre una creacion.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos,
En él nos trajo el destino
La violenta inspiracion.



La última Luz.

Hay unas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,
Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad:
Unas horas sin oriente
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.
Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oido,
Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar á oir:
En que quiere hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.
En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del dia,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:
El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afan.
Pasan sobre el grato sueño
Del labrador fatigado,
Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor:
Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.
Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante madre y esposa
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar á la sien abrigo
Deja desnudos los pies.
Y buscan el sueño inquieto
De algun pensador profundo,
Que aguarda mas ancho mundo
De este otro mundo detras:
Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno,
Cambiara por un infierno
El posible de ser mas.
Al asentarse en su lecho
Á sus párpados llamando,

El ánima despertando
Por el párpado miró.
Presentósele la sombra
Como imágen de la nada,
Á la roja llamarada
Que la lámpara brotó.
Escucha, y oye silencio,
Mira, y los ojos ven sombra,
Habla, y el eco le asombra
Sin responder á su voz:
Solo aprende que es de noche,
Que su mente inquieta vaga,
Que su lámpara se apaga
Y que el sueño huyó precóz.
Entonces lucha afanado
El cuerpo con la costumbre,
El ojo busca la lumbre,
Busca el oido rumor.
Y el alma sin luz ni ruido
Que su pensamiento estorbe,
Vuela libre por el orbe
En pos de mundo mejor.
Pero estando condenada
Á la cárcel de la tierra
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él:
Entonces sujeta al cuerpo,
Mar que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquella
Sentidos le presta aquel.
Débil como el cuerpo entonces,
Por ojos de carne mira,
Y vé lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.

Vé que la lámpara seca
La luz postrera derrama,
Y vé en la convulsa llama
Un no sé que de infernal.
  Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento,
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez:
Que confundiendo las formas,
Dando espacio á los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.
  Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pávilo flota
Aérea, vibrante, rota,
De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas,
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.
  Asoma rostros deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar.
Ya son gigantes monstruosos
Que desparecen livianos,
Ya ridículos enanos
Que se juntan á danzar.
  Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes
Negras visiones *sin luz*;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,

Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.
Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
Ú hondo hueco iluminado
Por agonizante bachon:
Ya pardos grupos de sombra;
Ya misteriosos paisajes,
Ya pabellones de encajes
Ó tapices de crespon.
La llama trémula en tanto
De un momento á otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar:
Flota en el aire exhalada
Del pávilo desprendida,
Y torna al pávilo asida
Segunda vez á brotar.
Ó lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y á reconcentrarse viene
En el pávilo otra vez:
Y moribunda vacila,
Como vibra y pestañea
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.
Acaso un insecto imbécil
De nuestro pavor objeto,
Viene á revolar inquieto
De la llama en derredor:
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento ,
Luego flotando aparece ,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir ;
Mil veces la hiende y cruza ,
Cuál si un espíritu fuera
Que danzára en una hoguera
Dónde alguno ha de morir.
Se le vé sobre la llama
Volar errante zumbando ,
Ó bien las alas plegando
La opáca lumbre beber.
Se le vé en el vidrio hueco ,
Sobre sus pies transparentes ,
Sus pasos indiferentes
De uno á otro lado mover.
Y si del fuego aturdido,
La claridad evitando
Y su vuelo acelerando ,
Se le vé cerca pasar ,
El rostro se hunde en las ropas ;
Y mientras el miedo pasa ,
La luz que ilumina escasa
Se acaba al fin de apagar.



Recuerdos
DE TOLEDO.

La Catedral.

Introduccion.

Ese monton de piedras hacinadas
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas herizadas
Que alienta luz y música y aroma;
A quien un pueblo inválido rodea
Con pies de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fue Toledo.
Pálida y triste, pobre y abatida
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los extraños.
Por vestir el espectro de su nada
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.
Gigante que muriendo en la llanura

Á manos de contrario mas valiente
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.
  Una tribu elegante y voluptuosa
De otro pais de fuentes y de flores,
Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.
  Y un rey, ó mas piadoso ó mas prudente,
Cambióla en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente,
Tuyo es el nombre, mia la memoria.
  Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el excelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.
  Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos,
Donde un palacio levantar creyeron.
  Y hoy al caer del templo la grandeza
Muestra el coloso, al espirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I.

  Con ceño sombrío mira
El Tajo que á sus pies corre,
Y al despecho que la inspira
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.
  Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,

Y para hablar con él suelo
Trece campanas por lengua.
   Con tan gigante armonía
Todo su cuerpo estremece,
Que al oirla se creería
Que crece así su alegría
Cuanto su estrépito crece.
   Á ese clamor tan violento,
Incapaz de tanto ruido,
Vibra fatigado el viento,
Dejando el confuso acento
Por la atmósfera perdido.
   Que en su canto desigual
Hay música tan liviana,
Que en su murmullo infernal
Canta y llora y rie insana
Con sus lenguas de metal.
   Que ellas pregonando ván
Lo que sus clamores son,
Que á veces tristes están
Pidiendo por los que ván
Á eterna condenacion.
   Y en su clamor muestran bien
Otras el alegre fin,
Pues revoltosas se vén
Cual si colgadas estén
Por heraldos de un festin.
   Otras en su inquieto afan
Ruedan y vibran, segun
Con los clamores que dan
Al mundo anunciando están
Placer ó luto comun.
   Y en vez de agudo esquilon,
De la tarde anuncia el fin

El doblar de la oracion,
Que apaga su ronco son
Del horizonte al confin.
  Y á su movimiento enorme,
Rueda en el cóncavo hueco,
De la bóveda, el informe
Postrer quejido del eco
Con vibracion uniforme.
  Á su paso estremecidas
Oscilan allá en las sombras
Las lámparas suspendidas,
Dibujando en las alfombras
Sombras y luz confundidas.
  Cobra entonces movimiento
Todo el templo y se estremece,
Cual fantasma de un momento
Que alza el rostro macilento
Y al punto se desvanece.
  Van luego dejando ver
Los vacilantes reflejos,
Las sombras al repeler,
Los objetos á lo lejos
Sus formas desenvolver.
  Se van mostrando despacio
Las verjas de oro amarillas,
Cánceles de aquel palacio
Que dividen el espacio
De la nave y las capillas.
  Se ven en turbios colores
Detrás de los altos hierros,
Entre marmóreas labores
Cumpliendo así sus destierros,
Dormidos los fundadores.
  Se ven al rayar el dia

En los pintados cristales
Como luchan á porfia
La claridad que lucia,
Y los rayos matinales.
  Entonces el Sol brillante
Que á las ventanas asoma,
Su fógosa luz gigante
En la llama agonizante
De las lámparas desploma.
  Dejan torre y capitel,
Y entran por los rosetones
Las sombras huyendo dél,
Plegándose en los rincones
En fantástico tropel.
  La luz del templo señora,
Por el templo derramada
Saluda al Dios que ella adora
Por las losas prosternada
Ante el ara que colora.
  Ciñe la bóveda, avara,
Y en los robustos pilares
Se quiebra picante y clara,
Y bulliciosa se ampara
Del oro de los altares.
  Que jóven y rica y bella
En la riqueza se posa,
Y en los diamantes destella,
Y en la joya mas vistosa
Para competir con ella.
  Porque el astro rey la envia
Á que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del dia
Revoltosa y trasparente.

II.

Se oyen despues los pasos mesurados
Del sacerdote, y la crujiente seda
Del manto que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda :
Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Conque á cumplir con su mision le incitan
Soplando bajo el mudo pavimento
Las osamentas que á sus pies dormitan.
Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.
Se vé el pueblo llegar y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.
Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.
Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal :

Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
Ó el crujir del vendabal.
  Ó finge en son temeroso
La aguda lengüetería
La discorde gritería
Del infierno en rebelion;
Ó con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo
Sin ira en el corazon.
  Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,
Canta al esposo que tarda
Á sus puertas en llamar.
Ó entonando del profeta
La sacrosanta salmodia
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.
  Y llora con Jeremias,
Y entona en harpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon;
Canta los cedros del Líbano,
La castidad de Susana,
Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.
  Ó en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El hacedor de la luz;
Ó mas lánguido remeda
Las lágrimas de María

Cuando en el terrible dia
Lloraba al pie de la cruz.
   Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien:
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.
   Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar.
   No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del Sol que se asoma
Por el pintado cristal,
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.
   Pasa el Sol, viene la tarde,
Y el dia desaparece,
Y la negra sombra crece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fue *mañana*,
Mañana se dice: ayer.

El siguiente Capricho, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El Autor espera que el público le acoja benignamente, y la persona á quien vá dirigido, le reciba como prueba de amistad.

A D. Miguel de los Santos Alvarez.

VIVIR LOCO

Y MORIR MAS.

Capricho dramático en dos actos en verso.

2 de Setiembre de 1837.

ACTO I.

El Ponche.

20 de Enero de 1836.

PABLO ROMAN.

ALBERTO.

JULIAN.

PEREIRA, portugués.

ANA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Habitacion de Pablo Roman, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos y en un caballete un retrato sin concluir.—Unos floretes colgados en la pared.

ALBERTO sentado y ROMAN en pie por la Escena.

ROMAN, *señalando en la mesa una moneda de oro.*

Es el último doblon.

ALBERTO.

Suerte por cierto cruel.

ROMAN.

Brindemos juntos con él
A nuestra separacion.
Mañana, lo mismo que hoy,
Traerá sus horas el dia;
Nos queda nuestra alegría
En el alma, Alberto.

ALBERTO.

Estoy
De ello penado en extremo.
¿No hay mas remedio, Roman?

ROMAN.

Los dias vienen y van,
Y que no ha de llegar temo
El mio.

ALBERTO.

La suerte acaso
Te guarda mejor fortuna.

ROMAN.

Es tardía, es importuna,
Y en impaciencia me abraso.
¡Tantas horas de esperar,
Tantos dias de dolor,
Aguardando otro mejor
Que jamás ha de llegar!
¡Y soñando gloria y nombre
Sentado al dintel de un cielo,
Arrastrarse por el suelo
Bajo la planta del hombre!
No mas, Alberto, por Dios,
Hoy es nuestra despedida:
Tal vez otra en esta vida
Nos hallarémos los dos.

ALBERTO.

Roman, ¿y así se abandona
Tanto afan, tanta esperanza?
¿Sin amargura se alcanza

Esa soñada corona?
Trabaja, sufre y espera,
Que en el sufrir y esperar
Está acaso el encontrar
Esa fama venidera.

ROMAN.

Decidido, Alberto, estoy;
De nosotros olvidados,
Ó famosos ó ignorados,
Bebamos alegres hoy.
Nuestro es el dia presente,
De los necios el mañana,
La vida es corta y liviana
Para todos igualmente.
Soñé desde que nací
Esos fantasmas de gloria,
Y hoy no encuentro en mi memoria
Un recuerdo para mí.
Todo en la tierra es vacío
La amargura y el placer,
Y mañana, y hoy, y ayer
Presa son del tiempo impío.
Riamos pues y cantemos
El alma de llanto agena,
Que tal vez la será en pena
El tiempo que no gocemos.

Un momento de pausa.

Mira, mil veces pensé,
Que solo al cuerpo convida
Con ocio y placer la vida,
Pero al alma ¿ para qué?
Este cuerpo es un encierro
Del otro mundo antesala,

Vida el cielo le señala,
Muere y acaba el destierro.
  Si el cuerpo no ha de vivir,
Acertado á fé es dejar
Al ánima descansar,
Y al tiempo inútil morir.

ALBERTO.

  ¿Y tu entusiasmo Roman?
¿Tu ambicioso pensamiento?

ROMAN.

Borrándose con el viento,
Las cosas del mundo van.
  Ambicion tuve de ser
Grande, y dejar en la historia
Famosa y alta memoria,
Pero esto, Alberto, era ayer.
  Hoy hallé mi corazon,
Menos osado, mas frio.
Juzgué ese afan desvarío,
Y lugar dí á la razon.

ALBERTO.

  Á tu razon extraviada,
Y á tu ambicion no cumplida.

ROMAN.

Y, francamente, esta vida
No creo merezca nada.
  El mundo es jaula de locos,
Los mas locos gozan mas;
Mas son pocos.

ALBERTO.

Y ¿no harás
Por ser, Roman, de los pocos?
El mundo será ilusion,
Locura será cual dices,
Mas si hay tristes y hay felices,
Algunos mejores son.
Si el poder y la riqueza,
El orgullo y la hermosura
Son por cierto una locura,
En la locura hay grandeza.
Ese sublime entusiasmo
Que ayer existia en tí,
Hoy ¿no te merece, dí
Nada?

ROMAN.

A lo mas un sarcasmo:
Porque hoy veo mas que ayer,
Y esos fantasmas de oro,
Esos sueños que hoy adoro,
Mañana he de aborrecer.
En fin yo quiero reir,
Cantar, beber y esperar
El dia en que ha de acabar
Nuestra mision de sufrir.
Ese es mi último doblon,
Y hoy es nuestra despedida,
Si ha de ser en esta vida
De eterna separacion...

ALBERTO.

¡Ah! ¿Estas loco?

ROMAN.

Loco estoy.

ALBERTO.

¿ Eterna ha de ser ? ¿ Por qué ?

ROMAN.

No hablemos mas : no lo sé ;
Pero un dia grande es hoy.

Sale por la puerta del fondo.

ESCENA II.

ALBERTO.

¡ Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre !
¡ Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder !
Sí , ¡ maldita esa locura ,
Bastarda pasion impura ,
De querer ganar la altura
Sin pisar un escalon.
Apagóse su osadía ,
Y hoy es un último dia...,
¡ Ay ! ¡Para volar tenia
Alas en el corazon !
Y por cierto , él es poeta ,
Grande el alma como el mundo ;
Mas por no ser el segundo
A la nada se sujeta.

ESCENA III.

ALBERTO, ROMAN.

ROMAN.

Pues, señor, ponche tenemos.
Con él la memoria ahoguemos,
Cuando borrachos estemos
En nada hemos de pensar.
¿Á qué es ese abatimiento?
Yo quiero verte contento;
Si al fin, placer y tormento
Con el tiempo han de acabar.

Llaman á la puerta.

¡Ola! ¡Otro interlocutor!
Sin duda ha errado el camino.
Á la puerta del vecino *Alto.*
Si sois un acrëedor.

JULIAN, *Dentro.*

Abre, soy yo.

ROMAN, *Abriendo.*

¡Tarambana,
Aguardarás á mañana!
Con esa voz de campana
¿Por qué no gritas, ¡abrid!?
Van á traer la ponchera.

JULIAN.

Mas á tiempo no viniera
Á descomunal quimera
Contra los moros el Cid.

ESCENA IV.

ROMAN, ALBERTO, JULIAN.

JULIAN.

Y ¿á qué santo es la funcion?

ROMAN.

Á mi mudanza de vida.

JULIAN.

Con esa resolucion
La difunta inquisicion
Se diera por bien servida.
Una conversion tamaña
Eco hallará en toda España.

Riéndose.

¡Pues debajo del sayal
No será mala cucaña
Este *in folio* de moral!

ROMAN.

Pero hombre ven, óyeme....

JULIAN.

¿Qué mas tienes que añadir?

ROMAN.

Mira, de hoy mas no seré....

JULIAN.

¿Pues no lo acabo de oir?
No digas mas ¿Para qué?

ROMAN.

¡ Loco ! Ya no hay poesía
Ni bellas artes en mí.

ALBERTO.

¡ Locura es la tal porfía !

ROMAN.

Este es el último día
Que estamos juntos así.

JULIAN.

¿ Esa es pulla ?

ROMAN.

No por cierto.

JULIAN.

¿ Con qué me hablas en verdad ?

ROMAN.

Sí.

JULIAN , *Con énfasis.*

Ya , si la sociedad
Hoy ya no es mas que un desierto ,
El mundo es la soledad.
¿ Con que versos y pinceles
Y esperanzas ¡ piff ! volaron ?

ROMAN.

Cabal.

JULIAN.

¡ Ah ! Son oropeles.
¡ Sin renombre y sin laureles
Cuántos hombres se olvidaron !
Decir que lo pienses bien
Es inútil advertencia,
Tú lo quieres, tú lo ten.
¿ Hay ponche ? Pues en conciencia
No hay mas que decir amen.

ROMAN.

Pues al ponche. Ya está aquí—
Un mozo entra la ponchera.

JULIAN.

¡ Ó que campo de batalla
Veo delante de mí !
El ponche es el cielo, si.
Vida en el ponche se halla.
Á esa transparente llama
Que por las orlas del vaso
Color y calor derrama,
¿ Qué corazon no se inflama ?
Yo en inspiracion me abraso.
Ese azul vago, flotante,
Remedo del firmamento,
Hace que el poeta cante,
Hace atrevido al amante
Y ahoga el remordimiento.
Él hace del tiempo impío
Horas de calma y placer,
Al corazon presta brio,
Y va un hombre á un desafío
Bien seguro de volver.

¡ Amigos! al agua penas,
Paraiso es la embriaguez ;
Gocémos horas serenas,
Que éstas tenemos apenas
Por la postrimera vez.

ROMAN.

Inagotable, fecunda
Soltaste la taravilla:
¡ Frascologia tremebunda !

JULIAN.

Bebamos y ancha Castilla,
Que el universo se hunda.

Un momento de pausa.

Aquí noto tu talento,
El mundo vas á dejar
Con nobleza y ardimiento.

ROMAN.

¿ A qué tristeza mostrar
Cuando le dejo contento ?

JULIAN.

¡ Famoso ! Es cosa hechicera
Dejar la literatura,
Las artes.... Ser un cualquiera,
Y entrar en la vida oscura
Por puertas de borrachera.

ROMAN.

Bebamos. Al ponche, Alberto,
No tengas duelo por mí.
Para todos está abierto

Ese porvenir incierto,
Que no vemos desde aquí.
  Vendrá tardía ó temprana
Nuestra buena ó mala hora,
Y en esta vida liviana
Si feliz me encuentro ahora
¿Por qué pensar en mañana?

ALBERTO.

Levantándose de repente, y disponiéndose á beber.

  Tienes razon; tú lo quieres,
Y tú quién lo ha de arrostrar
Solamente, Roman, eres,
Y es inútil derramar
Lágrimas en tus placeres.
  Bebamos.

ROMAN.

    Hablaste al fin
Como debe un literato.

JULIAN.

Hoy es nuestro San Martin.
No queda vaso ni plato
Útil en nuestro confin.

Se sientan, fuman y beben.

  ¿Con que desde hoy nueva vida?
¡Determinacion extrema!
Cuanto mas desconocida
Mas la novedad convida.

ALBERTO.

Cada loco con su tema.

JULIAN.

Del disgusto y del placer
Gozamos si es repentino,
Mejor lo nuevo ha de ser;
Por eso si es del vecino
Me enamora la muger.
Pues, señor, yo te aconsejo
Que no te vuelvas atrás,
Siempre fastidia lo viejo.

ROMAN.

Te pagaré tu consejo
Dándote ponche demás.

Desde aqui debe conocerse el efecto de la embriaguez.—

Segun estás de callado
A Alberto.
Te sientes, una de dos,
Ó enfermo ó enamorado.

JULIAN.

Ayer estuvo en el prado
Con su muger, vive Dios.
¡Que miserable es, Alberto,
El mundo que vemos!!

ROMAN.

¡Oh!
¿Con que lo hemos descubierto?

ALBERTO.

Que era una muger es cierto,
Pero muger mia, no.

JULIAN.

Nunca lo creyera en tí,
Tú no eres hoy el de ayer.
Mirándole á la cara.

ALBERTO.

Pues te engañaste.

JULIAN.

Ó mentí.
Pero hoy como un manequí
Te trae cualquiera muger.

ROMAN, *Levantándose con énfasis.*

¡ Con que te vas á casar !
Tu vas á prevaricar.
Lo dije, tus disparates
Contigo vendrán á dar
En una casa de Orates.
¡ Tú te casas !

ALBERTO.

Yo me caso.

ROMAN *y* JULIAN *á carcajadas.*

¡ Se casa !

JULIAN, *Con el vaso en la mano.*

¡ Salve, oh sesudo
Marido ! Levanta el vaso,
Con un brindis nada escaso
Yo, marido te saludo.
¡ Salud ! Piadosos los cielos
Larga sucesion te dén :
Contínuas fiestas de zelos,

Matrimoniales consuelos
Que se asomen á tu sien.

ROMAN.

Y escribas matrimonial
Misantrópica y difusa
Sobre el amor conyugal
Una obra espiritual
Á los niños de la inclusa.

Alberto bebe sin interrupcion.

JULIAN.

Sí, lo mejor que has de hacer
Es emborracharte.

ROMAN.

¡Bravo!
¡Lo entiendes! Con no atender
Lo que quieras ha de ser.

JULIAN.

El estoicismo alabo
Pero en conciencia, casarte
Es tremenda necedad.

ALBERTO.

¿Por qué?

JULIAN.

Tú has de enamorarte.

ALBERTO.

¿Y si lo estoy?

JULIAN.

Es verdad
Yo no voy á confesarte.,

ROMAN.

¡Lo que es el mundo, Julian!
Es un abismo profundo.

JULIAN.

Hoy es gran dia, Roman,
Unos entran en el mundo
Y otros del mundo se van.

ALBERTO.

Se levanta dando señales de embriaguez.

¡Fanáticos, el amor
No es el fantasma de un sueño,
Del viento azotada flor....
Risa general.

ROMAN.

Poeta predicador,
¿Á dónde vas con tu empeño?

JULIAN.

Déjale siga el sermon:
Sigue, inspirado profeta,
Tu noble predicacion;
La fuente de inspiracion
Es el ponche del poeta.

ALBERTO.

Á vosotros prohibido
Ese sublime placer

Por el señor os ha sido,
Vosotros no habeis bebido
El amor de una muger.
En unos ojos de fuego,
En unos labios rosados,
Cuando os miran extasiados,
Cuando al amoroso ruego
Os besan avergonzados;
Vosotros, hombres de tierra,
Poetas sin corazon,
Cantais del amor la guerra,
Sin saber el bien que encierra
En su inquietud la pasion.

JULIAN.

¡Bravo! bien! mas no digera
Un sacerdote de amor;
Sublime es la borrachera.

ROMAN.

Otro ataque á la ponchera,
Amante predicador.

ALBERTO.

Yo quiero amando vivir
Esclavo en dos ojos bellos,
Sin leer mas porvenir,
Hasta que llegue el morir
Y espire de amor en ellos.

JULIAN, *Con una estrepitosa carcajada.*

¡Borracho completamente!
Mas borracho que los dos.

ROMAN.

¡O ponche! tú solamente
Haces que un hombre se ostente,
Digno remedo de un Dios.

JULIAN.

Yo la he visto, Alberto, es
Una niña angelical.
¡Oh! Cuando con ella estes,
Vístela blanco cendál
De la cabeza á los pies.

ALBERTO.

Si por cierto, y lo merece;
Es un ángel indeciso,
Que en la tierra de improviso
Por vez primera aparece,
Bajando del paraiso.
Delicada como aroma
De retoñado jardin,
Rosada aurora que asoma....

JULIAN.

Una hurí para Mahoma,
Para Cristo un querubin.

ALBERTO.

¡Silencio! no hay mas placer,
Mas realidad que el amor,
No hay en la tierra otro ser
Con el nombre de señor
Mas digno que la muger.

ROMAN.

Sí, una chicuela coqueta,
Insípida y elegante,
Á tal locura sujeta
Que la echará de poeta,
Y no habrá Dios que la aguante,
Ó una habladora sin tino
De paseos y de modas,
Que á la mitad del camino
Te mienta un amor divino,
Y te engañe como todas.

JULIAN.

¡Cuidado que le ha cogido
De medio á medio la mona.

ROMAN.

¡Y estaba tan comedido!

JULIAN.

La cabeza del marido
Pronostica su corona.
¡Ó siglo matrimonial,
Siglo de paz y de amores,
Centuria patriarcal,
En que los hombres mejores,
Lo suelen hacer mas mal!
Siglo que pasas cantando,
Cantas gimiendo y llorando,
Lloras haciendo piruetas,
En tus horas arrastrando
Un enjambre de poetas:
Hoy se despide de tí
Con solemne borrachera,

Un poeta que te diera,
Mas versos, que gozo á mí
El alma de una ponchera,
  Y nó pienses que te deja
Para un hábito endosar,
Que es pereza que le aqueja,
Es porque quiere dejar
Morirse al alma de vieja.

ROMAN.

  Por cierto todo es locura
En este mundo vacío,
Sin trabajo y sin ventura,
Pasaré una vida oscura....

Julian se rie.

¿Te ries? Pues yo me rio.

A Alberto.

  Enamorado sublime
Tu te duermes ¡vive Dios!

JULIAN.

Otra ponchera le anime.

ROMAN.

¿No es cierto que tu estás, dime
Mas borracho que los dos?

JULIAN.

  Los fantasmas en tu mente
Bullen de tus amorios,
Alza ¡oh poeta demente!
La matrimónica frente,
Pese á estos tiempos impíos.

ALBERTO.

Basta ya, no me aturdais;
Por mas que ambos me digais
Yo me he de casar al fin.

JULIAN.

¡Felices los que encontreis
Una muger serafin!

ROMAN.

Para mí todas iguales
Fuentes de placeres son,
Que nos prestan liberales
Un paraiso de males,
Y un infierno de pasion,
Que sea bonita ó fea,
Que sea noble ó villana,
Las amo de buena gana.
¿Qué importa lo que ella sea
Si la he de dejar mañana?

JULIAN.

Yo tengo por las mas bellas
Las de amores de querellas,
Atrevidas españolas....

ROMAN.

¿Cachetinas de manolas?
¡Pues si me alampo por ellas!
Volviéndose á Alberto que está pensativo.
No señor, no hay que dormir
Á pretexto del licor;
Al oido hemos de ir
Á predicarte el amor
Hasta que le hayas de oir.

Ese amor como un torrente
Que roe el alma y la mente,
Nunca Alberto le encontré:
Ese amor, convéncete
Es el amor de un demente.

ALBERTO.

¡Plugiera Dios que algun dia
Sintierais esa pasion
Con su insufrible agonía,
Bullendo en el alma impía,
Desgarrando el corazon!

JULIAN.

Lo que bulle, Alberto, en tí
Es el ponche.

ROMAN.

¡Vive Dios!
¡Amores!

Una ruidosa carcajada.

Entran en mí,
Por lo menos dos á dos,
Nunca en un amor creí.
Las bellas son inconstantes,
Ingratas y veleidosas,
Las sabidas y elegantes
Son vanas y estravagantes,
Y las feas envidiosas.
Cuando el ron brilla en los ojos
Y hace dos de una ponchera,
La mas fea es hechicera;
Ninguna nos causa enojos
Y es la pasion verdadera.
Bebamos pues, no hay amor.

JULIAN.

Es un fantasma soñado
Quimérico, engañador.

ROMAN.

La muger entre el vapor
Quiero del ponche abrasado.

JULIAN.

Bien dicho, no hay mas amores
Que el fuego de los licores,
Entusiasta visionario
A ALBERTO.

ALBERTO, *Vacilándole las rodillas dice con el mas marcado desprecio.*

¡Nunca brotaron las flores
En asqueroso Calvario!

Se arroja sobre una silla completamente borracho JULIAN *y* ROMAN *rien á carcajadas.*

JULIAN.

¡Pesado el ponche le fué!
Borracho está por mi vida.

ROMAN.

Es que en la mente dormida,
La imágen de su querida
No le deja estar en pié.

Llaman misteriosamente á la puerta. ROMAN *mira por la cerradura.*

¡Chis! ¡Silencio! una muger—
Ocultaos, me interesa....
Una niña portuguesa
Á quien dejé antes de ayer.

JULIAN Y ALBERTO.

Ábrela.

ROMAN, *Empujándolos.*

Ocúltaos.

JULIAN.

Pues;
Y contigo abandonada....

ROMAN.

No repliqueis: es casada,
Su marido es portugués.
Se ocultan en la alcoba de la derecha.

ESCENA V.

ANA, ROMAN.

ANA, *Entrando.*

Bien me hicistes aguardar.
¿Qué significa esta ausencia?
Faltóme ya la paciencia
Y al fin te vengo á buscar.
Una enfermedad creí
Que te agoviara, mas veo
Que lo pasas á deseo
Sin acordarte de mí.
Y ¿ese ponche?... ¿estaban pues
Otros amigos? Veamos....
Proseguid.

ROMAN.

No, lo dejamos
Para concluir despues.

ANA.

¿Cuando?

ROMAN.

Cuando vos salgais.

ANA.

Pues ¿tanto acaso os impido?

ROMAN.

Sí, porque yo me despido
Y mi marcha retardais.

ANA.

¿Te despides?

ROMAN.

Si por cierto.

ANA.

Y ¿á donde vás?

ROMAN.

No lo sé.

ANA.

Y ¿hasta ahora....

ROMAN.

¿Para qué?
Aun era mi viage incierto.

Yo no os lo pude advertir....
Ello es obra del destino.

ANA.

No te comprendo.

ROMAN

¿Hablo en chino?
Mañana voy á partir.

ANA.

¿Pues cómo? ¿Donde? ¿Por qué?

ROMAN.

Porque me cansa Madrid;
Voy á Valencia del Cid,
Y el cómo, aun yo no lo sé.

ANA.

¡Ingrato! y con tanto amor....

ROMAN.

Nunca señora, os he amado.

ANA.

¡Infame! ¿no lo has jurado?

ROMAN.

Soy de oficio jurador.

ANA.

¡Ingrato! ¿Tanta pasion
No ha podido hacerte amar?
¿Ni un recuerdo ha de guardar
De mi amor tu corazon?

Yo te amé porque me amabas,
Me lo juraste y mentias,
Si entonces no me querias,
¿ Por qué traidor me engañabas ?
¿ Tal juramento olvidaste
Para abandonarme así ?
No, mi honra, no te dí,
Tú Roman me la quitaste.
Vuélvemela, que no es tuya,
Ó dame otra vez tu amor.

ROMAN.

Y ¿ quedarémos mejor
Cada uno con la suya ?

ANA, *Con rabia.*

Oye, un hombre que detesto,
Para casarme buscaron,
Á él á la fuerza me ataron,
Pero no bastó con esto.
Ya estaba casada yo,
Cuando en Córdoba te ví,
Todo lo dejé por tí,
Que por tu fortuna, nó.
Tu mentiste tu pasion,
Con palabras tan de fuego
Que en ellas se abrasó luego
El amante corazon.
Y cuando el perjuro *Sí*
Me recordó mi marido,
Le dije, mio no ha sido
Que otros le dieron por mí.
Entonces era el amor

La pasion que me cegaba,
Pero ahora es....

ROMAN, *Sonriendo.*

Bien, acaba.

ANA.

La venganza de mi honor.
De aquí no me he de mover
Sin honor, ó sin venganza,
Veremos á donde alcanza
La venganza en la muger.

ROMAN.

Y si débil tu virtud....

ANA.

Virtud no necesité....
Que á un hombre á quien nunca amé
Vendieron mi juventud.
¿No tenia yo derecho
Acaso á sentir jamás,
Lo que sienten los demas
Cuando brotó aquí en mi pecho?
Dios puso en el corazon,
De amor la violenta llama,
Díjole al crearle «ama»
Y encerró en él la pasion.
Yo nunca tuve mas de una
Y á tí te la dió mi estrella,
No quiero tener mas que ella,
Y despues de ella ninguna.
Y pues mia mi honra es
Consérvala por tu vida,

Porque tal vez te la pida
Con mas ventaja despues.

ROMAN.

Con harta paciencia oí
Tantos insultos, señora,
Y por mi vida que ahora,
No sé que quereis de mí.
Yo ya no soy el Roman
Que fuí, señora, hasta ayer,
Me canso de querer ser
Lo que otros por mí serán.
Que ó porque malo soy yo
Para el mundo, ó porque él
Sea conmigo cruel
No quiero mas mundo, no.
Hoy le dejo y con él todo,
Hasta que al fin carcomida
Caiga en su nada la vida....

Mostrando los vasos.

Y emprendo el viage beodo.
En fin, ya no soy poeta,
Ni músico, ni pintor,
Y por el mayor amor
No diera ya una pirueta.
Ni soy el mismo de ayer
Ni como ayer siento ya,
Con que vuelvo, claro está,
Al marido la muger.

ANA, *Señalando á los vasos.*

Si ese remedio sabias
Para apagar el amor,
¿Por qué en el alma el dolor
Tanto tiempo mantenias?

¡ Imbécil ! tu me jurabas
Que iba á matarte tu pena ,
Y de la ficcion agena
Te creí porque llorabas.
Es una disculpa vana
Ahogar el amor ; ¡ quimera !
Y agotas una ponchera
Dejando el mundo mañana.
Loco , ¿ esa es la suerte impía
Con que te agovia el destino ?
¿ Es ese el fuego divino
De la noble poesía ?
¿ Es esa , dí , la expresion
De tu mortal amargura ,
De esa eterna desventura
Que roe tu corazon ?
Y mientras lloraba yo
Tu estabas en una orgía !

ROMAN.

Del mundo salir debia,

ANA.

Y el mundo te rechazó.
Vosotros sois el veneno
De una vieja sociedad ,
Parodias de adversidad ,
Carcoma del bien ageno,
Cieno de una alma viciada ,
Que vais mendigando un nombre
Con que á los ojos del hombre
Vestir de oro vuestra nada.

ROMAN.

¡Tremenda cosa es nacer
En un mundo indiferente
Que ha de tachar de demente
Lo que no ha de comprender!

ANA.

El mundo os comprende, sí,
Esa soñada amargura,
Y deja vuestra locura
Por haber tantas así.
Pero, Roman, yo deliro
¿Me escuchastes? ¡oh! perdon.

De rodillas.

Tú estás en mi corazon,
Y en el aire que respiro.
Yo sin tí no he de vivir,
Á la ley he de apelar;
Porque las leyes amar
No pueden, no, prohibir.
Tú serás libre conmigo,
Y sino quieres mi amor
Déjame al menos mi honor
Que yo le tendré contigo.
¡Desdichada!

ROMAN.

¡Ambos á fé
Somos á cuál mas aqui!

Llaman á la puerta.

ANA.

Roman, Roman, héle ahí.

Por Dios vivo, ayúdame.

Llaman otra vez.

ROMAN.

Á la otra puerta que es tarde.

PEREIRA, *Dentro.*

¡Abrid!

ROMAN.

Perdone por Dios,
Hermano.

PEREIRA.

¡ Abrid

ROMAN.

Y van dos.
Idos en paz, Dios os guarde.

AÑA.

¡ Mi marido! ¡ oh, compasion!
Me mata de una estocada.

ROMAN *la toma de la mano y la esconde en una alacena que habrá á la izquierda.*

ROMAN.

Aquí. Si es de alma porfiada
Bajará por el balcon!

La oculta.

Maldita sea mi estrella!
Hoy lo pierdo todo yo,
Y hoy tal vez porque me amó
Vida y bonor pierde ella.

A ALBERTO *y* JULIAN.

Salid, ya está el portugués
Á la puerta.

JULIAN.

¡Bravo apuro!
¿Está el pájaro seguro?

ROMAN.

Ya lo veremos despues.

Vuelven á sentarse y beben.

PEREIRA, *Dando golpes á la puerta.*

Abrid, ó por Dios bendito
Que voy á arrancar la puerta!

ROMAN *descorre con mucho tiento el cerrojo.*

ROMAN.

¡Estúpido! Si está abierta
¿Por qué nos dais tanto grito?

ESCENA VI.

ANA *oculta*, ROMAN, JULIAN *y* ALBERTO *sentados al velador*, PEREIRA *embozado.*

PEREIRA.

¿Pareceles bien señores,
Hacer á un hombre aguardar
Del honor mio?

¿ Ignorais que andan dolores
Que pudiera bien tomar
Con este frio ?

ROMAN.

¡ Delicado viene un hombre !
Podeis decir vuestro nombre ,
Y si os place ,
Os suplico que os senteis.

JULIAN.

Y que noticias nos deis
Del tiempo que hace.

PEREIRA.

¿ Teneis en saberlo prisa ?
Tal vez pese , ¡ voto á Dios !
Mucho mi nombre.

ROMAN.

Casi el oiros da risa ,
Por mucho que os pese á vos ,
Pareceis hombre
Que arrastrarlo bien podeis.

PEREIRA.

Que lo arrastro ya lo veis.

JULIAN.

¡ Viven los cielos !
Vos padeceis algun mal !

PEREIRA.

Cierto ; y terrible y mortal.

ALBERTO.

Con estos yelos
No tiene nada de extraño.

JULIAN.

Pues en ese caso, amigo,
Cuidaos mucho.
Mirad que os puede hacer daño....

PEREIRA.

¿El tiempo que estais conmigo
Y el que os escucho?

JULIAN.

Sí por cierto, mas bebed.

PEREIRA.

Mil gracias, no tengo sed,
Os lo agradezco.

ROMAN.

Decid al fin que quereis,
Si este favor que me hareis
De vos merezco.

PEREIRA. *Acercándose á Roman.*

Tengo zelos!

Risa general.

ROMAN.

Por mi vida
Que habeis errado la casa.

JULIAN.

El otro cuarto
Será el de vuestra querida.

PEREIRA.

Tengo la paciencia escasa.

JULIAN.

¡ Me teneis harto!

ROMAN.

Parece su señoría
Natural de Andalucía,
En lo atrevido.

JULIAN.

Ó márchese en el momento,
Ó diga en este aposento
Que se ha perdido.

PEREIRA.

¿ No lo habeis adivinado?
Una muger busco aquí
Que entró hace poco.

JULIAN, *Riéndose.*

Ya, desde que habeis llegado,
De veras me convencí
Que estabais loco.

PEREIRA, *Con resolucion.*

Aquí ha entrado una muger.

ROMAN, *Con frialdad.*

Todo el cuarto podeis ver.

JULIAN.

Vuelvo á decir
Que estais loco de remate.

ALBERTO.

Dejad ese disparate
Ya os podeis ir
Á la calle.

JULIAN.

¿ Una querida
Venís á buscar aquí ?
Chicos vamos,
Esto es ya cosa perdida.
El rostro en ponche por mí
Le bañamos.

ALBERTO.

Famosa idea por Dios !
Le sacamos entre dos
Muy formalmente,
Y le curamos su mal
Llevándole al hospital
Por demente.

ROMAN.

Ea ¡ fuera !

JULIAN.

¡ Majadero !
¿ Venís entre literatos
Á hacer papel ?

ROMAN.

Idos de aquí, caballero.

JULIAN.

Á la cabeza los platos,

Fuera con él.

JULIAN *hace ademan de tirar los platos,* PEREIRA *coge la mano de* ROMAN *y le aparta de los demas, diciéndole con rabia:*

¿Conócesme?

ROMAN.

No por cierto.

PEREIRA.

Pues oye; si esa muger
Está aquí, y llego á saber
La verdad, date por muerto.

ROMAN, *Levantándose.*

Ya nos podemos batir,
Que aunque oculta la tuviera,
Solo cadáver saliera:
Sin ella á fé te has de ir.

PEREIRA.

¿Eres valiente?

ROMAN.

No sé.

PEREIRA.

¿Y te batieras conmigo?

ROMAN.

Nunca evito un enemigo.

PEREIRA.

¿Hubieras temor?

ROMAN.

¿ De qué ?

PEREIRA.

Eres niño.

ROMAN.

¡ Vive Dios !
Que aquí mismo lo veamos.
¡ Atrás !

Tomando los floretes.

PEREIRA.

Piénsalo.

ROMAN.

Riñamos ;
Que muera uno de los dos.

Se ponen en guardia. ALBERTO *se pone entre los dos.* ANA *quiere salir del escondite y* JULIAN *la detiene, apoyándose de espalda contra la alacena.*

JULIAN.

Prudencia, señora.

ANA.

¡ Cielo !

JULIAN.

Mirad, que es vuestro marido.

ALBERTO.

Caballeros, prohibido
Por las leyes está el duelo ;
Batíos en campo raso.

ROMAN.

Aparta ó de una estocada....

ALBERTO.

¡ Silencio !

PEREIRA, *Tirando el florete.*

No tiras nada.

ROMAN.

De aquí no has de dar un paso,
Sin que me mates ó mueras.

PEREIRA.

Tienes la sangre caliente,
Eres jóven y valiente,
Como sois los calaveras :
Me marcho y vuelvo á decir
Que si está aquí mi muger
Dios mismo no ha de valer
Para dejarte vivir.

JULIAN *al tiempo de marcharse* PEREIRA.

Y si él solo, harto no es
Para tan bravo enemigo,
Nos batirémos contigo
Aunque muramos los tres.

ESCENA VII.

ROMAN, JULIAN, ALBERTO *y* ANA
escondida.

JULIAN.

Humos traia.

ALBERTO.

Y los lleva.

JULIAN.

Con ese aire de maton,
Tiene, apuesto, un corazon
Tan blando como una breba.

ROMAN.

¡Famosa es mi despedida
De este mundo fatigoso,
Nunca me pareció hermoso
Sino al exponer la vida.
Bien, volveremos á ver
Ciertamente á ese maton,
¿Qué arriesgo yo en la funcion?
Nada tengo que perder.

JULIAN.

¿Otra vez te has de batir?

ROMAN.

Do quier que nos encontremos.

JULIAN.

Ambos por tí lidiaremos.

ALBERTO.

Y acabamos de sufrir.

ROMAN.

¡ Silencio !

Abriendo la alacena donde está Ana.

Salid señora ;
Vida y honra os defendí ,
Y á lo mas, dentro de un hora,
Parto muy lejos de aquí.
Á veros no volveré ,
Suplicoos pues , que digais
Donde ocultaros querais ,
Que yo os acompañaré.

ANA. *Llorando.*

¡ Ay de mí ! Roman.

ROMAN.

Dejemos
Suspiros y llantos, Ana ,
El sol que saldrá mañana ,
Juntos los dos no veremos.
Esta casa abandono hoy ,
Y el mundo dejo con ella ,
Mi dichosa ó mala estrella
Indolente á esperar voy.
Sin amigos.... sin amores ,
Sin ningun vínculo aquí ,
Habrán de pasar por mí
Horas acaso mejores.

Pausa de un momento.

¿ Qué decís ? ¿ Puedo hacer mas ?

El camino equivoqué,
Inútil me confesé,
Y humillado vuelvo atrás.

ALBERTO.

Roman ¿no hay remedio alguno?

ROMAN.

Ninguno encuentro.

ANA. *De rodillas.*

Ah! por Dios!

ROMAN.

Alzad, que me es importuno.

JULIAN.

Si ello, Roman, ha de ser
Y tan á pechos lo quieres,
Tu te sabrás lo que eres,
Y lo que puedes poder.

ROMAN.

Salgamos,

ANA.

¿Y mi marido?

ROMAN.

No temais entre los tres.

JULIAN.

Oscura la noche es
Y lluviosa....

ROMAN.

Se habrá ido.

ANA.

De aquí no salimos, no.

ROMAN.

Pues ved lo que habeis de hacer...

ANA.

Que no tengo aquí de ser,
La que pierda sola yo.

ROMAN.

Ana, si erre mi camino,
¿No es el dolor para mí,
Que mi corazon creí
Lleno de un fuego divino?
Ni esperanza, ni fortuna
Quedó ya en el pensamiento.

ANA.

¡Ni el alma en el pecho siento!

ROMAN.

Vamos, ha dado la una.

Apaga las luces, y vánse todos, cerrando la puerta por fuera.

ACTO II.

Una Muerte por Honor.

12 de Julio de 1836.

PABLO ROMAN.

ALBERTO.

LUISA.

PEREIRA, portugués.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Un jardin de una posesion de Alberto en Valencia: en el fondo un cenador; á la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza: una hora antes de anochecer.

ROMAN.

Tremenda cosa es nacer
Sin poder adivinar
En este revuelto mar
Que playas hemos de ver:
Tremenda cosa es querer
Lo que en el alma bullir
Sentimos, al percibir
Que es nuestra ánima inmortal
Puestos en un arenal,
Sin saber donde acudir.
Apenas á luz salimos
Engaños y horror probamos,
Donde quiera que miramos
Notamos que nos perdimos.
Una fantasma seguimos
Que solo soñando vemos,
Vacío si la tenemos,
Si la perdemos fortuna:

No acertamos cosa alguna
Por Dios, desde que nacemos.
   Fama y gloria codicié,
Porque inmortal me sentí;
Y cuando cerca la ví,
Que era polvo imaginé.
Del mismo amor blasfemé;
Juzguéle sueño distante,
Niño, pobre y vergonzante,
Y hoy que en el alma lo siento
Conozco por mi tormento
Que es rey tirano y gigante.
   ¡Ay! ¿Soy el mismo yo
Que de esa pasion de ayer
Blasfemé, sin conocer
Que hoy la sentiria? No.
Ya mi alma se abrasó,
Castigo del cielo fué,
Que cuando el alma salvé
De mi ambiciosa inquietud,
Una vida sin virtud,
Alucinado abracé:
   ¡Ay! ¿Porqué nacen tan bellas,
Bajo formas de muger,
Estrellas que han de hacer ver
El rigor de las estrellas?
Si nuestra vida está en ellas
Y allí nuestra eternidad,
Injusticia es en verdad
Que viéndolas ¡ay! nosotros,
Nos dejen para ser de otros
Miseria y oscuridad.
   Alberto amigo, perdon,
Que cuando tu honor ofendo,

Que es en mi delirio entiendo
Mi amor una maldicion.
Errado habrá el corazon,
Pero estaba escrito aquí;
Y hoy, ¡ perdon! la adoro, sí;
Que en mi loco desvarío
Eres tu sola, amor mio
Gloria y cielo para mí.
¡ Angel de paz y armonía!
Cuando vinistes al suelo
¿ Por qué no dejaste al cielo
El cielo que en tí vivia?
Pero ya en la tierra impía
Tus ojos despues de ver,
¿Cómo amar otra muger?
Que si hay ángeles de amor
Junto al trono del señor,
Angel, Luisa, debes ser.

ESCENA II.

ROMAN, ALBERTO, *saliendo del cenador.*

ROMAN.

¿ Me oiste Alberto?

ALBERTO.

Á fé mia,
Que amabas te comprendí.

ROMAN.

Así dige : no creí
Que nadie me escucharía.

ALBERTO.

¿ Con que amas ?

ROMAN.

Si por cierto.

ALBERTO.

¿ Sin esperanza , parece ?

ROMAN.

Sí , que mi amor no merece
Amor como el suyo , Alberto.

ALBERTO.

¿ No merece ? ¿ por qué así ?

ROMAN.

Porque mi amor , como es mio...

ALBERTO.

Sigue...

ROMAN.

Es indigno, amor impio.
Hecho solo para mí.

ALBERTO.

Menos te comprendo ahora.
¿ No es acaso una muger ?

ROMAN.

Que no se puede querer,
Y que el corazon adora.

ALBERTO.

Pues con ser muger, yo creo
Que hay poder, si ella lo quiere;
Pues que fuere como fuere
Nunca la mancha el deseo.

ROMAN.

Si la mancilla: es casada.

ALBERTO.

Pues entonces tu razon....

ROMAN.

Vive Dios, el corazon
Á la razon tiene atada.
Cuando se ama ¿cómo ver
Como ello es, lo que se adora?
Cuando un hombre se enamora,
No sabe de que muger:
Porque acaso destinado
Un ser para otro ser nace,
Y su mala estrella hace
Que tarde se hayan hallado.
Yo la amo, con frenesí
Porque nací para ella:
Pero no quiso mi estrella
Que naciera para mí.

ALBERTO.

¿Luego es de otro?

ROMAN.

Claro está.
Mas quiso la suerte impía
Que el amor la hiciera mia.

ALBERTO.

¿ Y te ama ?

ROMAN.

Lo dige ya.

ALBERTO.

¿ Y eso lloras ?

ROMAN.

Eso lloro ;
Porque el amar y el morir
No se puede en dos partir ,
Y yo parto lo que adoro,

ALBERTO.

¿ Y habré de saber si es
Muger de tal condicion ?

ROMAN.

Que se arrastra el corazon
Desesperado á sus pies:
Que es noble , rica y agena.
Anciano en mi juventud ,
Nací pobre, y sin virtud
Que oponer á tanta pena.
Sufrí borrasca espantosa
De pasiones encontradas ,
Qué estuvieron encerradas
En una alma irreligiosa ;

Porque mi existencia inquieta
Con impaciencia sufrí,
Y hoy tiene gusano aquí,
Con corazon de poeta.
Que el mundo surcando voy
En pos de un angel muger,
Que es mia, y no la he de ver
Por no ser yo lo que soy.

ALBERTO.

¡Desgraciado! Al fin comprendes
El rigor de tu fortuna,
Y á esa fantasma importuna
Tu misma mano le tiendes.
Mucho, sí, quisiste ser,
Mucho hubiste de dejar,
Que para á mucho llegar,
Mucho es preciso querer.
Y hoy te ves triste, indeciso
En un vacilar eterno,
Con el alma en un infierno,
La vista en un paraiso.

ROMAN.

¡Un paraiso! y jamás
Habré yo de entrar en él.
Un paraiso de hiel!

ALBERTO.

Que al fin de apurar habrás.

ROMAN.

¡Apurarlo! ya lo sé.

Tal tormento se me alcanza:
Sin gloria, sin esperanza....

ALBERTO.

Sin esperanza ¿por qué?

ROMAN.

Porque vinimos al suelo
Con un corazon que encierra
La miseria de la tierra,
La ambicion de todo un cielo.
¿Por qué no nos dió una estrella
Dios, que en esta oscuridad,
Mirando su claridad,
Nos guiáramos por ella?
Pero nacer á sufrir,
Sufrir y el término errar,
Llegar el dia de amar
Y al tiempo de amar, morir....
Injusto es, Alberto, á fé.

ALBERTO.

(¡Desgraciado! loco está:
No piensa en lo que será,
Y ha olvidado lo que fué.)
¿Y hoy el mismo Roman eres
Que no creias ayer
Que el amor á una muger
Mas es pasion, que placeres?
Tarde al fin has conocido
Que amor nuestro pecho encierra.

ROMAN.

Tanto esa idea me aterra,
Que quiero no haber nacido.

ALBERTO.

Tal vez es tarde, Roman,
Mas á curar ese amor,
Tiempo y lágrimas serán
La medicina mejor.

ROMAN.

Lágrimas, Alberto, no;
Las derramé en la niñez:
Vertílas ¡ay! de una vez,
Y ya no las tengo yo.
Cuando el corazon espera,
Lágrimas tal vez derrama;
Cuando ageno es lo que ama,
No llora, que desespera.

ALBERTO.

¿Tal es en tu corazon
Esa hoguera en que se abrasa?

ROMAN.

De lo imaginable pasa
El fuego de mi pasion.

ALBERTO.

¿Tan violenta?

ROMAN.

Es un volcan.

ALBERTO.

¿No puede á razon sujeta...?

ROMAN.

No, que es amor de poeta.

ALBERTO.

Tu eres poeta, Roman:
  Mas que el amor es la gloria;
Busca gloria y no el amor,
Esa página de error
Bórrala de la memoria.

ROMAN.

¡La gloria! efímero nombre
Cuyo seductor aliño
Deslumbra el alma del niño,
Pero no el alma del hombre.
  ¿Que me importa ese laurel,
Si, en llegándole á alcanzar,
Tampoco tengo de hallar
Sino amarguras en él?
  El nombre: cualquiera es bueno,
Si todos de muerte igual
Son la sentencia fatal,
Y abrigan dentro veneno.

ALBERTO.

  Roman, es fuerza vivir,
Y vivir sin esperar;
Que no podemos amar
Lo que es de otro.

ROMAN.

Pues morir.

ALBERTO.

  Morir, Roman, es no ser,
Y en el no ser, no hay amor:
Otro remedio mejor
Á la mano hay que tener.

ROMAN.

¡ Vivir sin amar! mentira.
Dile al ave que no cante ,
Dila que el vuelo levante
Sin el aire que respira,
Dile que pare al torrente
Al borde de la cascada;
Dila que quede estancada,
Sobre la peña la fuente.

ALBERTO, *Con decision.*

Roman, no amar es preciso.

ROMAN.

Sin amar ¿como vivir?
Es un infierno sufrir
Con aura de paraiso.

ALBERTO.

¿ De vivir no hay mas camino ?

ROMAN.

No hay otro.

ALBERTO.

Piénsalo bien.

ROMAN.

Ley tan tiránica ¿quién
Dar puede ?

ALBERTO.

Yo y tu destino.

ROMAN.

¿ Quién eres tú ? ¡ Vive Dios !

ALBERTO.

Imbécil, Alberto soy,
Que entre tí y tu amor estoy,
Y el destino entre los dos.

ROMAN.

¡ Cielos ! ¿y yo mismo fuí
Quien se lo dige? estoy loco;
Toda mi existencia es poco
Para pagarle ¡ ay de mi !

ROMAN *desde este momento parece perder el juicio. Al penúltimo verso de esta escena cree ver un fantasma ; y fijando los ojos en Alberto, dice aterrado :*

La muerte avara y cruel
Me hubiera al fin consumido,
Si los dias que he vivido
No se los debiera á él.—
Á él, fantasma furioso
Que entre los dos te levantas
Para abrirnos á tus plantas
Un precipicio espantoso :
Sombra airada que tu huesa
Dejaste por mi tormento,
Si ves en mi pensamiento
El pensamiento que pesa,
Y tu perdon no merezco,
Amigo á quién yo rendi....
¡ Alberto ! huyamos de aquí...

ALBERTO.

¡ Infeliz ! te compadezco.

ESCENA III.

ALBERTO.

¡ Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder!
Contento, ignorado ayer,
Esperabas otro dia,
Y hoy en tu frente sombría
Sentado el abatimiento,
Te saca tu pensamiento
A la odiosa luz del dia.
¡Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasion
Se apagó en el corazon
En hora ¡por Dios! temprana.
Vino el esteril *mañana*,
Ya de ilusiones vacío,
Dudó el corazon impío,
Y la esperanza se hundió:
Arroyo que se perdió
Entre las ondas de un rio.

Abre el cenador y sale Luisa.

ESCENA IV.

LUISA, ALBERTO.

ALBERTO.

¿ Le oistes ? En su amargura
Él á confesarlo vino,
Amarte fue su destino,
Amarle tú fue locura.

LUISA.

Alberto, saben los cielos....

ALBERTO.

Mucho los cielos sabrán
Cuando á los que aman dan
El tormento de los zelos.

LUISA.

¡ Perdon ! ¡ Alberto ! está loco,
Al borde del precipicio.

ALBERTO.

Un pequeño sacrificio,
Que los costaba tan poco.

LUISA.

Por Dios, tranquilo repara.

ALBERTO.

¡ Silencio, digo, perjura !
Tú el amor y él la locura
Me habeis de pagar bien cara.

LUISA.

¡ Perjura ! ¿ mi corazon
Á quién diera sino á tí ?
¿ Tanto en llorar te ofendí
Su terrible situacion ?
¿ No era tu amigo mejor ?
¿ No te debe su existencia ?
Y tenerle en tu presencia ,
¿ No era tu gozo mayor ?
Si en compadecerle erré ,
Y él puso su amor en mí ,
El que amaba pecó , sí ,
Mas yo que escuchaba ¿ en qué ?

ALBERTO.

Si le oiste ¿ por qué luego
De tí no le rechazaste ?
¿ En sus ojos no miraste
De amor el osado fuego ?

LUISA.

Le ví, pero contemplé
Un hondo abismo detrás ,
Y un poco que huyera mas ,
Faltara á la tierra el pie.
Oí su amoroso ruego
Mucho de él compadecida ,
Que en ello le iba la vida
Y se la arrancára luego.
¿ Tengo yo culpa por Dios
De que su alma violenta
No pueda vivir contenta
Sino dividida en dos ?
Recatada habré de ser

Con él, pero ingrata no,
Que si casada soy yo
Nací primero muger.
   Nunca he de rechazar
Un corazon desdichado
Que á buscar viene á mi lado
Un sitio donde llorar.
   Mucho ofendiste mi honor
Cuando imaginar pudiste
Que el amor que tu me diste
Vendiera por otro amor.
   Que si por cariño no,
Ni por otro miramiento,
Por cumplir mi juramento
Tu honor te guardára yo.

ALBERTO.

¡ Y él frenético te ama !

LUISA.

¿ Que daño me hará una hoguera
De que no siento siquiera
El resplandor de la llama ?

ALBERTO.

¿ Con que no le amas ?

LUISA.

Por cierto
¿ Tu lo pudiste pensar ?
¿ Á quién Luisa habrá de amar
Despues de amar á su Alberto ?
Llora.

ALBERTO.

Mi vida, perdóname,

Que en pensarlo te ofendí;
Los zelos dentro de mí
Á sofocar no alcancé.
   Tu no sabes, vida mia,
Lo que es amar, para ver
El amor de una muger
Pasar como el sol de un dia.
   Imaginar, que tranquila
Escucha otro nuevo amor
Y en el nuevo adorador
Vierte luz de su pupila.
   Porque tus ojos ¡oh Luisa!
La luz del sol arrancaron,
Dióte el alba su sonrisa
Y tus ojos alumbraron.
Tus ojos ¡ay! me hechizaron,
Hija del cielo español.
Si así alumbró tu arrebol,
¿Cómo sufrir que importuno
Gozar pudiera hombre alguno
Toda la luz de tu sol?

LUISA.

¡Mi esposo!

ALBERTO.

¿Tuyo me llamas?
¡Oh! tuyo, alma mia, sí,
Que vida no siento en mí
Sino porque tu me amas.

LUISA.

Dulce bálsamo derramas
En mi corazon, Alberto,

Con tus palabras, que cierto
Tú me llamaste perjura,
Y de esa voz la amargura
Acaso me hubiera muerto.

ALBERTO.

¡Hermosa! Porque te adoro;
Porque no vivo sin tí
Todo el veneno sentí
De los zelos.

LUISA.

Y ese lloro,
Amor destilado en oro,
Que en tus párpados se mece,
Todo mi amor no merece;
¡Oh! tu labio me lo dice....

ALBERTO.

Y el corazon te bendice
Cuando mi labio enmudece.

Cuando lloro es porque callo,
Que callo y lágrimas vierto;
Porque á hablarte con acierto
Hartas palabras no hallo.
Inútil es intentallo,
Que si inconstante te miro
Apenas hablas te admiro,
Y pueden tal tus razones
Que no hallo reconvenciones,
Te admiro, callo y suspiro.

Durante la décima anterior ROMAN *ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:*

¡Gózala en paz! tuya es.
Para tí tiene ella amor,
Que para mí aterrador
Abre un abismo á sus pies.
Si hay otro mundo despues
Allí he de seguirla en pos,
Que acaso disponga Dios
Que cuando un ser ama aquí
Despues de la muerte allí
Hayan de amarse los dos.

Al alejarse ROMAN *vuelve* LUISA *la cabeza y queda con los ojos fijos en él.*

LUISA.

Héle allí, sobre su frente
Lleva su destino impío,
Su pensamiento sombrío
Bullendo eterno en la mente.
Loco está, pero inocente.

ALBERTO.

Y ¿qué mas pude yo hacer?
Le dí mi casa, mi haber,
Le dí oro, independencia,
Y él en su ciega demencia
Codicia hasta mi muger.

LUISA.

De nobles es perdonar;
Pues que todo lo perdió,
Alberto, si te ofendió,
Enséñale tú á olvidar.

ALBERTO.

¿Y lo que él ha de penar?

LUISA.

Ese será su castigo.

ALBERTO.

Aunque ingrato fue conmigo
Respetaré su dolor,
Que vale tanto el honor
Como la paz de un amigo.
Ya está, Luisa, perdonado,
Tú, amor mio, abrázame
Y perdona.

LUISA.

¿Á tí, de qué?
¿Es delirio haberme amado?

ESCENA V.

LUISA

Ya era tiempo desdichado
De conocerte á tí mismo,
De tu indolente egoismo,
De tu avara ceguedad
No es madre la sociedad,
Es la puerta de un abismo.

ESCENA VI.

LUISA, ROMAN.

ROMAN *vuelve á cruzar la escena y se queda inmoble, los brazos cruzados, mirando á Luisa.*

LUISA.

¿ Qué haceis ?

ROMAN.

¡Qué he de hacer ! Llorar.

LUISA.

¿ Llorar ? No alcanzo razon.

ROMAN.

¡ Ah ! vuestra conversacion
Os acabo de escuchar ,
Y me partió el corazon.

LUISA.

Puesto que la habeis oido
Nada os tengo que decir ,
Veis que amiga vuestra he sido.

ROMAN.

Los que en tal signo han nacido ,
Mas les valiera morir.
Amistad le das ahora
Á un alma que tanto os ama ,
Mal con un vaso , señora ,
Se apaga devoradora
Del vasto incendio la llama.

Nunca los que amor sintieron
En amistad la cambiaron.

LUISA.

Pero olvidarle supieron
Cuando inútil le juzgaron.

ROMAN.

Si eso os han dicho, mintieron.
No sabe lo que es amar
Quien reconoce el olvido,
Que amor pueden ocultar,
Mas no se puede olvidar
Cual si nunca hubiera sido.

LUISA.

Pues ocultadle en el pecho,
Nunca mas lo digais.

ROMAN.

Si á amor no tengo derecho,
Mal, señora, me pagais
El daño que me habeis hecho.
Por última vez lo digo,
Te amo, el infierno me fuera
Un paraiso contigo,
Y el infierno mas quisiera
Que el epíteto de amigo.

LUISA.

¿Y qué mas podeis pedir,
Ni que daros puedo yo,
Si casada he de vivir?

ROMAN.

Á quien todo se negó,
¿Qué ha de poder exigir?
Mi tormentosa fortuna
Nada me dejó querer;
Soñé una gloria importuna,
Quimeras alcancé á ver,
Pero realidad ninguna.
Para esto en mi edad temprana
Sueños de flores soñé,
Por ver que esa imágen vana,
Un sueño por cierto fue
Al despertarme mañana.

LUISA.

¡Ciego! y ese loco amor,
¿No es mas sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.

ROMAN.

Á otro cariño mayor
Ya, señora, no hay ninguno.

LUISA.

Amad la fama, la gloria.

ROMAN.

¿Qué le importa á un corazon
Desesperado, en la historia
Dejar por nombre un borron
En vez de fama y memoria.
Ya sé que el camino erré,
Y que el tiempo que pasó
No ha de volver, ya lo sé;

Pero ya es tarde, y á fé
Que atras no me vuelva yo.

LUISA.

Luego ¿ qué pensais ?

ROMAN.

Amaros.

LUISA.

¿Y qué habeis de conseguir?

ROMAN.

El placer de idolatraros.

LUISA.

¿Y de eso qué ha de quedar?

ROMAN.

La esperanza de morir.
Si en el amor no creí
Por necedad ó altivez,
Ya que una vez lo sentí,
La vez primera, ¡ ay de mí!
Será la postrera vez.

LUISA.

(¡ Compasion siento por él!
¡No me resuelvo por Dios!)
Hay un medio.

ROMAN.

¡ Suerte cruel!

LUISA.

El espacio entre los dos.

ROMAN *con desesperacion.*

Para el sediento es la hiel.

LUISA.

Inútil es vuestro amor
Cuando estoy , Roman , casada.

ROMAN.

¿ Y ese es el medio mejor ?

LUISA.

Yo no encuentro medio á nada
Cuando en ella va el honor.
Pensad desde este momento ,
Esa quimera borrar
Del alma y del pensamiento ,
Que yo dí mi juramento
Á mi esposo en el altar.

ROMAN.

(Cerróme toda esperanza
De vivir la avara suerte.)

LUISA.

Todo del tiempo se alcanza.

ROMAN.

Sino cede la balanza
Por el lado de la muerte.

LUISA.

¡ La muerte !

ROMAN.

¿ Y que resta ya

Á quién todo lo perdió ?

LUISA.

No, nunca desesperó
El justo.

ROMAN.

¿ Y quién os dirá
Que de esos justos soy yo ?

LUISA.

(¿ Tengo yo, cielos, de ser
Quién de su felicidad
La esperanza he de romper ?
Maldita la sociedad
En donde nací muger.)

ROMAN, *Echándose á sus pies.*

¿ Lloras, hermosa ?

LUISA, *Con energía.*

¡ Insensato ! No lloro
No lloro que considero,
De un marido caballero
Y un galan con él ingrato,
Que el marido es lo primero.

ESCENA VII.

ROMAN.

¡ Ya mis sueños se apagaron !
Los fantasmas de la vida
Uno á uno se borraron
Y ya nunca volverán.
¡Seis meses ! Madrid, Valencia,
Sueños ó realidades
Como tremenda sentencia
El alma royendo están.
Seis meses en mi memoria
Han encendido una hoguera,
Todo un porvenir de gloria
Está quemándose allí;
Es muy tarde, sin amores,
Sin porvenir ni esperanza,
Esa corona de flores
Es de espinas para mí.
Perdí la luz de mis dias
En ilusiones pueriles,
De mis horas juveniles
Tengo solo... una pasion;
Y esa pasion imposible,
Ese pensamiento eterno,
Me pesa como un infierno
Á plomo en el corazon.
Partiré lejos, muy lejos,
Que el sol de mi amarga vida
Con los últimos reflejos
Alumbra el cuerpo mortal.
¡ Adios Luisa encantadora !

¡ Adios ofendido amigo !
Oí la tremenda hora....
Tocaban á un funeral.

ESCENA VIII.

ROMAN *sentado en actitud de la mas profunda meditacion.* — PEREIRA *entrando por la puerta falsa en traje de camino.* — *Es completamente de noche.*

PEREIRA.

Salud , amigo.

ROMAN.

¿ Quién vá ?

PEREIRA.

Una antigua relacion
Que ya desde otra ocasion
Reconocida os está.

ROMAN.

¿ Qué quereis ?

PEREIRA.

Pensadlo vos.

ROMAN.

¿ Yo ? Por todo un firmamento

No cambio de pensamiento
Ni para pensar en Dios.

PEREIRA.

¿ En mal hora creo á fé
Que he llegado.

ROMAN.

Si por cierto.

PEREIRA.

Ese postigo hallé abierto,
Oí vuestra voz y entré.

ROMAN.

Pues bien os podeis marchar,
Porque yo no os quiero oir.

PEREIRA.

Pues bien os lo quiero decir
Y me lo habreis de escuchar.

ROMAN.

Marchaos digo.

PEREIRA.

Á eso vengo;
Y en cumpliendo mi mensage
Otra vez el mismo viage,
Aunque largo, emprender tengo.

ROMAN.

Pues bien, decid ¿ que quereis ?

PEREIRA.

Vengarme.

ROMAN, *Marchándose bruscamente.*

¿Qué tengo yo
Con tu venganza ?

PEREIRA, *Deteniéndole.*

Eso no,
Quedaos, me ayudareis.

ROMAN, *Amenazándole.*

Ved que no tengo en la vida
Vínculo que baste alguno....

PEREIRA.

Pronto no tendrás ninguno
Que malgastarla te impida.
Mira, traidor.
Descubriéndose.

ROMAN.

¡ Vive Dios !
¡ Pereira !

PEREIRA.

Tú mi honor tienes ,
Yo quiero tu alma en rehenes
Por fianza de los dos :
Por eso á buscarte vine
Desde Madrid á Valencia ,
Por él grita mi conciencia
Que te mate ó te asesine.

ROMAN.

¡ Bueno ! en mejor ocasion

Venir por él no has podido ;
En las manos me has caido
Y sed tiene el corazon.
Vamos

PEREIRA.

Espera , porque antes ,
Una nueva te he de dar ,
Que siempre han de interesar
Las nuevas á los amantes
Era , seis meses hará ,
Una noche oscura , fria,
La lluvia á mares caia ;

ROMAN.

Importuno el hombre está.

PEREIRA.

Tres hombres, ébrios los tres,
Que una dama acompañaban ,
Las calles atravesaban....
Otro venia despues.
A la incierta luz escasa
De un farol agonizante
Se detuvieron delante
De una miserable casa.
Salió una vieja al encuentro ,
Y á la falsa voz de « amigo »
Abrió un estrecho postigo
Y se cerraron por dentro.
Entonces el embozado
Apoyado en el porton ,
De los que habian entrado
Oyó la conversacion.

¿ Sabes lo que se trató ?
De engañar una muger ;
Yo la acerté á socorrer
Y á vengarla vengo yo.
Ella te adoraba , sí ;
Y pues su honor era mio ,
Á acabar el desafío
He venido solo aquí.

ROMAN.

¿ Me hablas á mí ?

PEREIRA.

La maté.

ROMAN.

ué me importa ?

PEREIRA.

¿ Por veturan
No la amabas ?

ROMAN.

¡ Qué locura !
Nunca tal imaginé.

PEREIRA.

¿ Luego tú la sedujiste
Tan solo por liviandad ?
¿ Y ella te amaba ?

ROMAN.

Verdad.

PEREIRA.

¿ Es verdad ?

ROMAN.

Ya lo digiste.

PEREIRA.

No en valde para encontrarte
Tanto tiempo me afané,
Que me faltára pensé
El tiempo para matarte.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

ROMAN.

Si me matas, y ha de ser
Por mano de caballero,
Que lleves despues espero
Un adios á una muger.

PEREIRA.

Si por cierto.

ROMAN.

Júralo.

PEREIRA.

Sobre aquesta cruz de oro.
¿ La amas?

ROMAN.

No, que la adoro.

PEREIRA.

Y ¿ te corresponde?

ROMAN.

No.

PEREIRA.

¡ Estúpido ! loco estás.
¿ Cuando vengo por tu vida ,
De tu amante despedida
Á hacerme correo vas ?
¡ Imbécil ! la he de decir
Que vives libre , contento ,
Y que en veinte años , en ciento ,
No habrás de poder morir.

ROMAN.

¿ Por qué , traidor ?

PEREIRA.

Porque así
Hago mas fatal tu estrella ,
Tu vida la enfada á ella
Y yo me vengo de tí.

PEREIRA *alarga dos espadas á* ROMAN *que toma una. Se baten*,--PEREIRA *con serenidad.*--ROMAN *con impetuosa cólera.*

PEREIRA. *Con solemnidad.*

¡ Seis meses pienso que hará
Que nos quisimos batir.
Viendo que la rabia de Roman crece.
¿ Quieres matarme ?

ROMAN.

Ó morir.

PEREIRA.

¿ Ó morir ?

ROMAN.

Tanto me dá.

PEREIRA.

¿Te herí?

ROMAN.

No sé.

PEREIRA.

Pues seguid....

ROMAN.

Combate á muerte.

PEREIRA. *Dándole una estocada.*

¡ Ahí está !

ESCENA ULTIMA.

ROMAN *en tierra*, LUISA, ALBERTO, PEREIRA.

LUISA.

¡ Dios mio !

ALBERTO.

¡ Un combate aquí !

PEREIRA.

Señores, un desafío ;

Esto era negocio mio,
Pero ya le concluí.

ALBERTO, *Mirando el cadáver de Roman, con rabia.*

¡Oh le habeis muerto! ¿Y por qué

PEREIRA.

Por una deuda anterior.

LUISA.

¿Una deuda?

ALBERTO.

Era de honor.

PEREIRA.

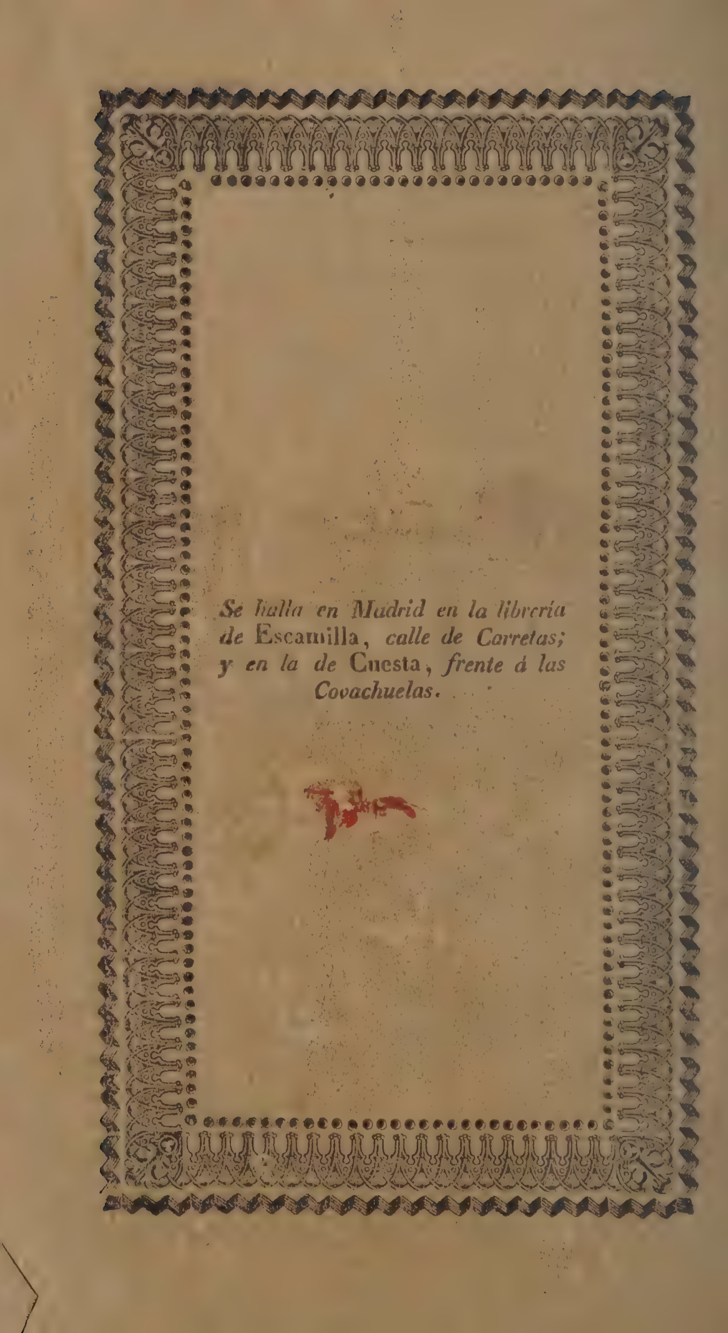
Por el honor le maté.

FIN.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.





Se halla en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas; y en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

